

BOLSILIBROS
BRUGUERA

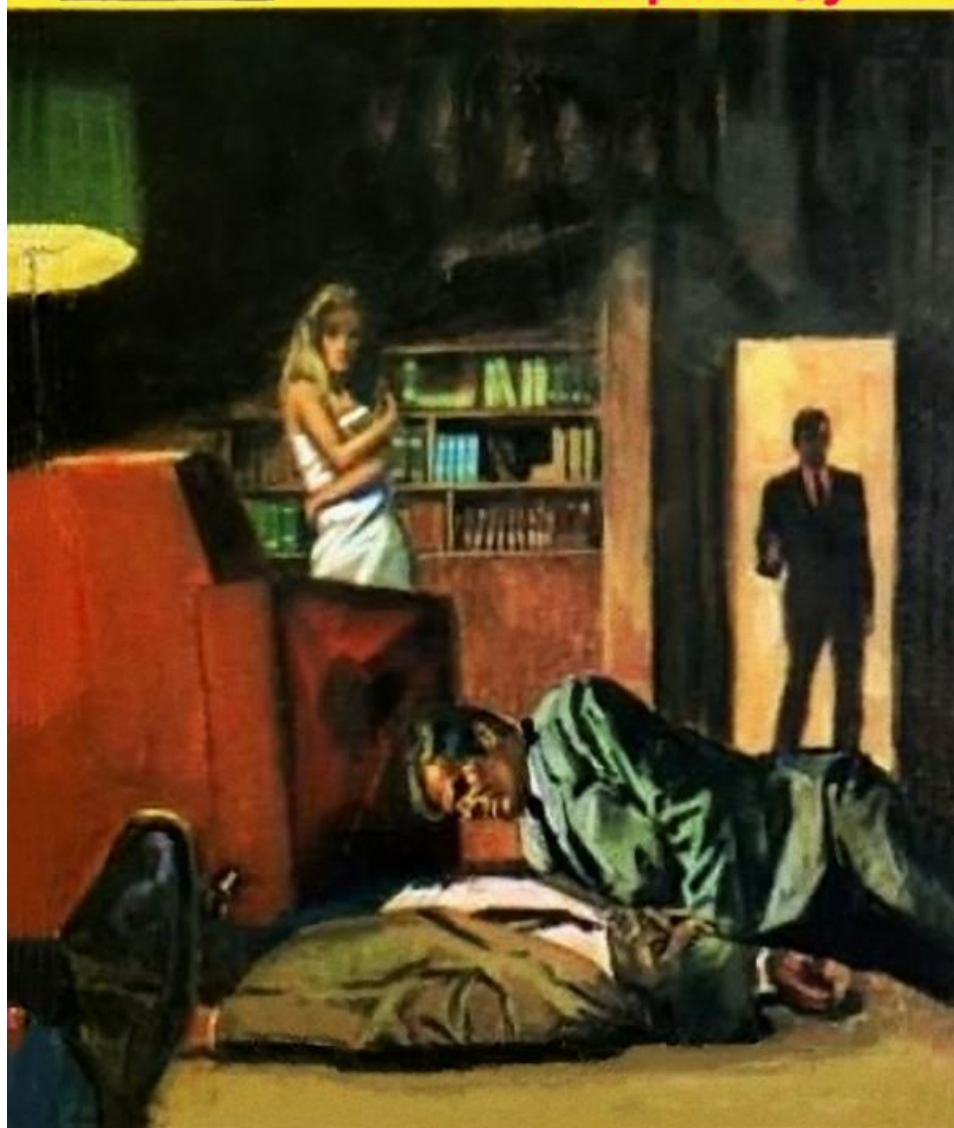
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

alguien lloró su muerte

ralph barby





SS **SERVICIO SECRETO**



RALPH BARBY

ALGUIEN LLORO SU MUERTE

Colección **SERVICIO SECRETO** N.º 1.021

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 3.663 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: marzo, 1970

© RALPH BARBY - 1970

sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

642 — Desafío a largo plazo.

En Colección KANSAS:

611 — Hay que saber perder.

En Colección CALIFORNIA:

692 — El hombre de la muerte.

En Colección BRAVO OESTE:

477 — La ciudad de los poseídos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.007 — El hampa se moderniza.

En Colección SALVAJE TEXAS:

714 — El orgullo de los Houston.

En Colección PUNTO ROJO:

409 — La gallina de los huevos de oro.

En Colección ASES DEL OESTE:

541 — “Taged”.

En Colección BISONTE:

1.106 — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BÚFALO:

779 — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Al mirador!

El anuncio del *ascensorista* fue aceptado con movimientos afirmativos de cabeza por cuántos se habían introducido en el camarín.

Una pareja de jóvenes recién casados, provenientes de los bosques de Ohio, estrecharon sus manos con emoción. Dentro de pocos minutos estarían en lo alto del Empire State Building, el punto más elevado de la gran metrópoli. Para ellos, aquello constituía una experiencia apasionante.

Jack Young Side, desde su metro noventa de estatura, además de a los evidentemente recién casados, observó a un par de ancianos. El viejo parecía ilusionado, la anciana refunfuñaba. Un hombre leía el periódico con aspecto indiferente. Un joven barbudo repasaba sus bártulos fotográficos que Young calificó de caros y muy buenos. Un fotógrafo profesional, pensó.

Nadie hablaba, solo se escuchaba el zumbido propio del ascensor que elevaba su carga humana para saciar su curiosidad, colocándose en la azotea del rascacielos más alto del mundo.

Young escrutaba a todos instintivamente. Nadie le era indiferente. Sabía bien que tras el viejete más cariñoso y afable pedía esconderse el elemento más peligroso. En plena ciudad, rodeado de luces, comodidades y policías, había que estar tan al acecho como un guerrillero en las junglas del Vietnam.

Sintió deseos de fumar un cigarrillo, más decidió esperar a llegar a la azotea donde pensaba alquilar unos prismáticos como un turista más.

—Mirador —anunció el ascensorista.

—Yo no salgo de aquí, tengo vértigo —refunfuñó la anciana.

—Vamos, querida, ¿no ves que no dejas salir a nadie? Estás delante de la puerta —reconvino el viejo.

—¿Te sientes feliz? —preguntó el muchachote de Ohio a su pareja. Ella asintió con la mejor de sus sonrisas. Ya no estaba

asustada. Hacía cuatro días que era la esposa de aquel joven recolector de resinas de los bosques de Ohio.

—¿Prismáticos?

Jack tomó los prismáticos que le tendían y pasó a la chica que además le ofrecía su mejor sonrisa: no estaba acostumbrada a ver por allí arriba hombres de la planta del rubio Young.

Con los alargavistas en la mano, se acercó a la pareja que circundaba la azotea y quitaba malos pensamientos de las cabezas de cuantos habían subido al mirador con moral baja y angustia vital.

Desde aquella altura, la ciudad, se veía cubierta por una neblina mezclada con los humos que escapaban de los automóviles. Armella polución del aire aumentaba en invierno, convirtiéndose en el molesto *smoa*.

La alta cabeza rubia de Young dominó la panorámica de Manhattan. Rockefeller Center destacaba a poca distancia.

Mientras el cielo, en lo alto y hacia Nueva Jersey, se teñía de rojo, prendió fuego a un cigarrillo. Llenó sus pulmones de humo y dejando que la brisa de la tarde levantara su cabello, se colocó los prismáticos ante los ojos.

—¡Young!

—¡Spell!

—Sí, y no se vuelva, siga mirando hacia el Uptown.

Un hombre más bajo que él, de cabello cortado al cepillo y muy canoso, se había situado frente a la reja como un turista más. Observaba la ciudad a través de unos pequeños prismáticos, pero lo que en realidad hacía era hablar con el alto Young.

—¿Ocurre algo?

—Un trabajo especial.

—¿De qué se trata?

—Un favor.

Young arqueó las cejas por encima de los prismáticos.

—¿A quién?

—A la CIA.

—¿Qué les ocurre a nuestros colegas de los asuntos anteriores?

—Están en dificultades.

—Siempre hay dificultades, lo mismo para la CIA que para el departamento federal de contraespionaje.

—Entre sus filas ha aparecido un traidor.

Jack Young Side no lanzó ninguna exclamación especial. Se llevó el cigarrillo a los labios, aspiró el humo y luego lo expulsó con fuerza. El viento lo disolvió con gran rapidez.

—Eso no es nuevo Spell. Jesucristo, entre sus filas, también tenía un traidor.

—Pero Dios era muy listo y sabía bien quién era Judas. En cambio, nuestros colegas solo tienen vagas sospechas.

—¿Tienen algún nombre *in mente*?

—Sí.

—¿Puedo saberlo o es secreto de estado? —preguntó con sarcasmo.

—Norman J. Preesley.

—¡Diablos!

—¿Se le ha atragantado el nombre, Young?

—Usted sabe que Preesley es mi amigo. Nos entrenamos juntos en la base El Toro de San Diego como marines, luchamos en Corea y luego, queriendo pelear en favor de los Estados Unidos, él eligió la CIA, y yo el FBI, lo que en el fondo es lo mismo. Hemos continuado siendo amigos pese a las pocas veces que nos hemos encontrado debido a nuestras profesiones.

—Corte. Young. Aunque me explique toda su vida no va a ablandarme.

—Spell, busque a otro para ese trabajo.

—Lo siento, no he sido yo quien ha pensado en usted sino la mismísima CIA, que, controlando a sus propios agentes, sabe bien que usted es amigo de Preesley.

—¿Y qué pretenden de mí, que ejecute a mi amigo O que lo lleve a una corte federal?

—Tranquilo, Young. Sobre Norman J. Preesley solo hay vagas sospechas. Usted debe averiguar si hay más, pero con sumo cuidado.

—Ya, que la pieza no levante el vuelo.

—Exacto.

—No creo que Preesley sea culpable de un cargo tan repugnante.

—Mejor para todos, pero si resulta que efectivamente es un traidor a su patria, pese a ser su mejor amigo, creemos no tendrá

dificultades en discernir obre cuál es su deber.

Jack Young era un hombre frío, impenetrable, en apariencia sin nervios, más en aquella ocasión un observador perspicaz habría captado el disgusto en su rostro.

—Cuando Nueva York se pone neblinoso me agobia. Me gustaría tomar el avión para ir a Florida o a California; allí hay mejor clima.

—Sí, pero por ahora olvídense de unas vacaciones. Primero, gáneselas.

—¿Cómo? —inquirió mordaz—. ¿Enviando a un amigo a la tumba?

—Un traidor nunca es un buen amigo.

—Está bien, está bien. A veces me pregunto por qué ando metido en estos líos. Siempre sacando trapos sucios al aire, pasando sueño y jugándome la vida a cara o cruz.

—Menos mal que no se ha quejado también de lo exigua que es la paga.

—Me hubiera respondido que los de la administración siempre se están lamentando por las cuentas extra de ropa, hoteles y gastos varios que presenta el agente VY7.

—Es cierto. Están quejosos por las cuentas que les pasa.

—Si no le gusta que busquen a otro.

—Young, usted hace todo eso porque el FBI, le necesita. De cada mil hombres que entran en la academia de Quántico para formarse como agentes federales, solo uno obtiene sus elevados coeficientes y a ese uno hay que mimarlo, aunque a veces haya que amonestarle para frenar sus ímpetus expansivos. Le gustan las chicas, la buena vida...

—Y el gobierno tiene asignada una pequeña cantidad como sueldo para sus agentes especiales.

—Sí, así es, y creo que mejor será terminar la charla. Llego otra tanda de visitantes a lo alto de la torre y usted puede bajar en ese ascensor.

—De acuerdo. ¿Cuándo empiezo el trabajo?

—Ahora mismo.

—¿Cómo? No dan tiempo ni para respirar.

—Aquí arriba ha tenido tiempo de llenar sus anchos pulmones, Young. Por un doble agente nos hemos enterado de que Presley

tendrá un contacto esta noche.

—¿Seguro?

—Usted debe comprobarlo.

—¿Dónde? Nueva York es muy grande y yo no poseo el don de la ubicuidad.

—Junto al campo de béisbol del West Side.

—Conozco él, barrio.

—Y Presley también. Ambos nacieron allí y se criaron en sus callejas. Supongo que si Presley ha escocido ese lugar es porque lo conoce bien, así podrá escabullirse a tiempo si ocurre algo feo.

—Vamos abajo —advirtió el ascensorista.

—Cuando sepa algo le avisaré, pero espero...

—Sé lo que está pensando Young y yo espero lo mismo, que solo se trate de una jugada del doble agente.

Jack Young se acercó a la joven que le rentara los prismáticos y se los devolvió.

—¿Le ha gustado la panorámica? —preguntó ella tratando de entablar conversación.

—Sólo he podido ver la niebla, tan sucia como pegajosa.

Entró en la cabina del ascensor cuando las primeras luces de la ciudad comenzaban a parpadear ganándole un puesto a la noche.

CAPÍTULO II

Los ojos inquietos de Norman J. Preesley escrutaban en todas direcciones. La noche era densa y el West Side olía mal. El calor diurno había descompuesto basuras abandonadas.

El campo de béisbol estaba en tinieblas, rodeado por la tupida malla metálica de una altura de casi diez pies.

Preesley se sentía como una fiera enjaulada caminando junto a la tela metálica. Iba y venía en un espacio corto, no superior a doce pasos.

Cada vez que alguien se acercaba, quedaba quieto, expectante.

Le repugnaba lo que estaba haciendo, más no le quedaba otro remedio.

Había una luz mortecina como a cincuenta yardas de distancia. Sin embargo. Norman había preferido huir de ella y buscaba las sombras.

De pronto, sus músculos se tensaron. Estaba seguro de que un automóvil se aproximaba con las luces apagadas. Su perfecto oído no le engañaba.

El coche debía ser caro, lujoso, dado el escaso ruido que emitía su motor. Rodaba despacio, casi pegado a la cerca del campo de béisbol donde la muchachada del West Side practicaba dicho deporte.

De pronto, el auto se detuvo a apenas dos yardas de donde él se encontraba. Un foco pistola, manejado desde el interior del coche, se encendió bombardeando con sus fotones el rostro de Preesley.

El agente de la CIA, quedó cegado y cubrió sus ojos con el antebrazo. Trató de correr la luz le siguió sin que él consiguiera ver a nadie dentro del auto.

—¡Preesley, el Hudson baja sucio!

Al escuchar aquellas palabras, el agente se detuvo y no trató de escapar. Era la contraseña.

—¡Apaguen esa luz! —exigió tajante.

—Todavía no, Preesley.

Se abrió la portezuela y un hombre cuyo rostro no pudo ver, se apeó acercándosele pero procurando no cortar el cono de luz que cegaba al agente de la CIA.

Este, para escapar al haz lumínico, se movió unos pasos, pero la luz le siguió, lo que le hizo comprender que dentro del automóvil aún quedaba alguien.

—¿Cuándo llegarán a los Estados Unidos? —preguntó Preesley impaciente al notar cerca de sí el aliento del hombre que se e había acercado, un aliento que olía a vino exactamente y no a *whisky*.

—Primero veamos si su trabajo ha sido eficiente.

—Si no apagan esa condenada luz, alguien nos va a descubrir —masculló Preesley rabioso.

—No se acercará nadie. A la gente no le agrada meterse en líos.

—Pero si pasa la patrulla...

—Correremos ese riesgo.

—Está bien.

—Vamos, Preesley, su colaboración, y piense que primero será comprobada. Si no es cierta, alguien pegará su estupidez.

—Sí, aquí está. Dentro de este pequeño sobre plástico hay dos microfilmes.

El hombre tomó entre sus manos el minúsculo sobre que apenas abultaba en superficie como la uña de un índice en una persona normal y corriente. Su grosor no excedería de un milímetro.

—¿Está aquí todo lo que le pedimos?

—Sí —asintió Preesley nervioso y excitado, cosa no frecuente en él.

Poseía nervios templados pero lo que estaba haciendo le alteraba en grado sumo. En la impotencia por no poder cobrar de inmediato aquella traición a su patria, agarró por la chaqueta al hombre y rugió amenazadoramente:

—Si no cumplen su palabra, les buscaré, juro que les buscaré aunque se oculten en las cloacas.

—Quietos los nervios, Preesley.

Las palabras del hombre del automóvil no eran una petición, ni siquiera una advertencia. Constituía una amenaza letal porque Preesley notó la presión sobre su estómago del cañón de una

pistola. No era la primera vez que sentía aquella sensación, siempre desagradable.

—¿Va a dispararme? —preguntó, súbitamente invadido por un sudor helado que perló su frente.

Preesley no era un cobarde pero aquella situación era muy especial. ¿Asesinado después de traicionar a su país? Sería patético sino cómico y ellos ya no tendrían que cumplir su trabajo. Entonces, ¿para qué habría colaborado con ellos traicionando a los suyos?

—No soy tan estúpido cómo piensa, Preesley, no voy a agujerearle el estómago de un balazo. Sólo quiero que se calme.

—Sáqueme esa pistola de encima y me calmaré.

—Está bien, pero primero comprobaré que no lleva armas.

Preesley no pudo evitar ser cacheado. Mientras esto ocurría se lamentó preguntando:

—¿Temen que les dispare cuando se alejen?

—Todo podría ser, Preesley.

El agente de la CIA, sin oponer resistencia, se dejó desposeer de su automática “Luger” y de una navaja que ocultaba en el interior de la manga de su chaqueta que aquel sujeto descubrió, resultando un hábil cacheador. Preesley estaba seguro de que aquel tipo no era extranjero, aunque sí tenía un ligero acento irlandés.

—¿Satisfecho?

—Sí, Preesley, por ahora. Luego, cuando comprobamos todo esto, ya veremos. —El individuo retrocedió hacia el interior del coche, siempre protegido por el haz de luz que cegaba al agente. Este permanecía con la espalda pegada a la tela metálica del campo de béisbol—. Preesley, es un peligro para nosotros.

—¿Cómo? —inquirió algo asustado.

—Sí. Sus compañeros ya sospechan de usted. Seguramente van a investigarle y no nos interesa que abra la boca.

—¡Yo no diré nada!

—No lo creo, Preesley. Su ridículo sentido del deber? acabaría, haciéndole hablar.

—¡No sé nada de ustedes, ignoro quiénes son en realidad!

—No es usted tonto Preesley y puede haber averiguado algo que nos perjudique, una pista que daría a sus compañeros. Además, lo que menos nos interesa que diga es el tipo de información que nos ha dado.

Preesley comprendió que la situación se oscurecía.

Las palabras de aquel tipo no auguraban nada bueno para él.

Las puertas posteriores del automóvil se abrieron y del interior del mismo bajaron tres tipos anglosajones, desaseados y mugrosos.

Uno de ellos era rubio, otro moreno y el tercero con barba. Llevaban largos cabellos y lucían sonrisas Irónicas y cínicas.

La luz de la pistola-foco se apagó y Preesley no tardó en percatarse de que aquellos tres sujetos iban armados con cuchillos.

—¡Hijo de perra! —escupió Preesley hacia el de, coche.

Este prorrumpió en una carcajada al tiempo que hacía avanzar su automóvil lentamente y dijo:

—Muchachos, encargaos de él. Que cuando la policía lo encuentre crea que han sido portorriqueños quienes lo han acuchillado. En este barrio suele ocurrir mucho eso. Buen viaje al infierno, Preesley.

Preesley quiso correr hacia el coche, pero el sujeto que lo conducía pisó el acelerador alejándose.

Los tres tipos melenudos acorralaron al agente contra la tela metálica que le impedía la huida.

Norman J. Preesley no era un novato en peleas. Había sido entrenado especialmente para ellas. Judo, jiu-jitsu y karate eran tres disciplinas que había aprendido bien, pero estaba desarmado frente a aquellos tres pandilleros de última hora que, por supuesto, también estaban preparados para hacer daño al prójimo.

El moreno de los cabellos rizados fue el primero en arremeter contra él con el acero de su cuchillo por delante.

—¡Recuerdos a satanás!

—¡Aún no estoy muerto! —masculló Preesley.

Atenazó la muñeca armada de su atacante y le hizo un giro brusco, violento, empujando con fuerza la muñeca hacia él.

El tipo abrió la boca como pez fuera del agua. Desencajó las mandíbulas y lanzó una exclamación ininteligible. Cayó hacia atrás con su propia navaja clavada en el cuerpo.

El melenudo rubio y el de la barba cambiaron una mirada de inteligencia; aquello se ponía feo, el agente estaba resultando duro de pelar.

El barbudo impulsó su arma pero el cuerpo da Preesley se había movido y el acero se filtró por la malla de acero.

Norman Preesley le propinó un golpe de karate en el costado que le arrancó un aullido de dolor. El barbudo se arrodilló.

Preesley notó una fuerte quemazón en el muslo y comprendió que el acero del rubio se había clavado en su carne. En medio del calor de la pelea, no sentía el dolor real de la herida.

Con la hoja hundida en su muslo, propinó un golpe de karate al rubio sobre la cúspide del apéndice nasal que lo tumbó de espaldas llevándose en la caída la navaja ya teñida de sangre.

Mientras el rubio rebotaba contra el suelo, con los ojos anegados de lágrimas y dos hilos de sangre bajo su nariz, Norman trepó por la alambrada para escapar hacia el interior del campo de béisbol.

Llegaba ya a lo alto, encaramándose con ayuda de los antebrazos, cuando lanzó un rugido de dolor.

El barbudo le había herido a la altura de los riñones por el lado izquierdo y Preesley, peleador hasta el fin, le dio un talonazo en plena cara lanzándole de espaldas sobre el adoquinado húmedo de la calle.

Se dejó caer al otro lado de la malla de acero propinándose una ruda costalada. Más, al levantar la cabeza vio cómo los dos melenudos trepaban también por la malla para no dejarle escapar con vida.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. Intentó correr, más lo hizo tambaleante, dejando tras de sí un rastro de sangre.

Se acercaba al centro del terreno y los dos melenudos saltaban al interior del campo, totalmente rodeado por la malla, cuando apareció Jack Young Side que llegaba a la carrera.

—¡Norman! —le gritó.

El hombre de la CIA, se volvió hacia su amigo, pero en aquel instante llegaban junto a él sus asesinos. El rubio le apuñaló en la boca del estómago.

—¡¡Jack!!

El agente federal del contraespionaje desenfundó su “P-37” y a través de la red metálica disparó contra el rubio cuando se disponía a rematar al persistente Norman.

El melenudo efectuó una pirueta antes de desplomarse hundiéndose su acero en la tierra batida del campo de béisbol.

Jack tuvo tiempo de ver claramente el rostro del mugroso

barbudo pero no disparó contra él. Por llevar ropa oscura se disolvió pronto en la noche, corriendo hacia el ángulo contrario del campo de béisbol con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Jack guardó su pistola y saltó fácilmente por encima de la cerca metálica, demostrando una gran agilidad física. Corrió hacia Norman J. Preesley junto al cual yacía el cadáver del rubio.

—Norman, ¿cómo estás?

Trató de sonreír y oprimiéndose la boca del estómago balbució:

—Tres puñaladas son demasiado para mí.

—Déjame ver.

—No, no es necesario. Lo que debes hacer es escupirme a la cara.

—¿De modo que es cierto? —preguntó Jack con desaliento.

—Si te han contado que soy un traidor, si lo es. Escápeme a la cara, sé que voy a morir pero merezco expirar de la forma más ignominiosa. Escúpeme Jack, me lo he ganado a pulso.

—Norman, tú no tienes clase de traidor. ¿Qué ha pasado?

Hinchó sus pulmones con fuerza mientras por entre los dedos de sus manos escapaba la sangre y por detrás de su cuerpo también.

La arcilla se tenía de un rojo más vivo. Young se dio cuenta de que aquellos eran los últimos segundos de su amigo.

—Una simple historia de amor, Jack.

—¿Una historia de amor? Me sorprendes.

—Sí, estuve un tiempo operando en Berlín-Este. Conocí a una muchacha.

—¿Alemana?

—Sí, pero del sector oriental. La amé de verdad, puedes creermelo, pero no podía casarme con ella. ¿Lo comprendes, verdad?

—Naturalmente. Os hubieran matado a los dos.

—Tuve un hijo con ella. Deseaba pasarla al sector occidental pero sin que se enteraran mis jefes y no lo pude conseguir. El niño tiene ya cinco años.

—Y los del otro lado del muro la han descubierto a ella y al niño, ¿verdad?

—Sí. Yo sé cómo las gastan allí y no podía permitir que ella y el niño pagaran por mí trabajo —articuló dificultosamente cuando se escuchaba el ulular de una sirena de policía acercándose al

campo de béisbol.

—¿Los han soltado ya?

—No, son unos miserables. No sé que ha sido de ellos pero los que me chantajearon no parecían dispuestos a hacer el trato y después de darles lo que me han exigido, esos tres matones se han encargado de mí.

—¿Qué les has dado, Norman?

La vida de Preesley se apagaba por momentos. Parecía que no podría responder, que su garganta enmudecía para siempre.

—Haz un esfuerzo, Norman. ¿Qué les has dado?

Abrió los ojos que mantuviera cerrados un instante y mirando al federal explicó:

—Dos microfilmes.

—¿Qué había en ellos?

—En uno, seis fotografías de los principales contactos de la CIA, al otro lado del telón.

—¡Diablos! ¿Y en el otro?

—Sus nombres, lugares de escondite y una veintena de nombres de contactos menores nacidos al otro lado del telón.

—Si esos microfilmes salen de la Unión será la redada más grande que se haya conocido jamás. La CIA, habrá recibido una estocada mortal en sus agentes al otro lado del telón de acero.

—Sí, y todo por mí debilidad al amar a una mujer y sacar fruto de ella.

El automóvil de la patrulla policial de la Metropolitana neoyorquina se detuvo frente al campo de beisbol. Con su máxima potencia lumínica, los faros enfocaron el centro del campo donde aparecía el rubio muerto. Norman agonizando y Jack Young arrodillado junto a él.

—Norman, tienes que decirme algo para llegar a esos tipos que te han extorsionado, que te han asesinado.

Ya casi de modo ininteligible, sin fuerzas para mover ni uno solo de los dedos agarrotados sobre su estómago y llenos de sangre, Norman Preesley comenzó a tramar cuando el sargento irlandés de la patrulla de policía ordenaba:

—¡Quieto ahí, no se mueva!

—Jack, solo he logrado averiguar, Star, Star...

—¿Star qué? ¡Haz un esfuerzo, Norman! —insistió Jack

desoyendo las órdenes del irlandés que con sus botas claveteadas saltaba al interior de la cerca y otro miembro de la patrulla llamaba por la radio del coche.

Un segundo automóvil policial se detuvo frente a la puerta principal del campo de béisbol. Enfocó a Jack con sus potentes faros. La puerta fue abierta y un grupo de agentes, con sus armas preparadas, corrió en dirección a los caídos.

—Star Hotel, Jack y no te preocupes por ella y el niño. Muerto yo, ya no les harán nada —dijo haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Luego, dobló la cabeza. Jack Young no le escupió a la cara sino que cerró sus ojos con un sentimiento de lástima.

—Levante las manos y no haga otro movimiento o dispararemos —ordenó el alto y forzudo sargento Irlandés que se las creía ante un temible asesino.

Jack se vio rodeado de policías uniformados y armados hasta los dientes. Sonrió y mientras se ponía en pie aclaró:

—Agente federal en misión especial.

Al irlandés, no le gustó aquello. No le simpatizaban los federales. Tenían más popularidad que ellos mismos y eran los niños mimados de la Casablanca.

—¡Su identificación!

Jack sacó su carnet con la placa adherida al mismo y lo mostró al irlandés sin enseñarle la identificación de pertenecer al departamento de contraespionaje. Para todos era un agente federal más. Había miles en toda la nación, pero solo contados pertenecían al cuerpo de contraespionaje. A sus hombres, apenas los conocían tres personajes: Spell, el director Edgar Hoover y el presidente de la nación.

—¿Le basta, sargento?

—Sí, pero comprenda que debíamos intervenir. Eso es una masacre. Tres muertos con el que está fuera de la reja.

—Y uno que ha escapado —dijo Jack.

—Podemos buscarlo si nos da su identificación. —Sonriendo cínicamente, el sargento añadió—: Ya sabe que la Metropolitana siempre colabora con el FBI, si se lo piden, claro.

—Gracias sargento, pero lo único que pueden hacer por ahora es conducir estos cadáveres a la Morgue. —Tras decir esto, le quitó a Preesley su identificación como agente de la CIA, y su cartera.

Abrió la billetera y bajo la luz de los focos policiales escrutó dos fotografías de mala calidad que se protegían tras el celuloide. Una mujer y un niño. Jack comprendió. Dio una última mirada al agente de la CIA, muerto en el campo de béisbol, y se dirigió a la salida bajo la mirada atenta de los agentes de la Metropolitana.

CAPÍTULO III

Nora Power apretó los párpados con fuerza, cerrando sus hermosos ojos verdes bajo la presión de una Jaqueca intensa.

Aspiró con tal fuerza que la nariz le resultó insuficiente y el aire entró a sus pulmones por la boca, hinchándolos.

Al fin, abrió los ojos y se halló sentada frente a uno de los lavamanos de la lujosa *toilette*.

El lavamanos tenía el tapón puesto y estaba casi lleno de agua. Nora, con los ojos muy abiertos, se observó a sí misma a través del espejo. Se dio cuenta de que tenía el rostro empapado.

—Dios mío, ¿qué me ha pasado, dónde estoy?

Mecánicamente, tiró de la toalla colocada a su alcance en un aro de acero inoxidable. Leyó en voz alta la inscripción que aparecía en la ropa:

—Star Hotel.

Lentamente, enjugó su rostro y recordó que había estado en la cafetería del hotel donde se celebraba un *cocktail*, ahora no recordaba en honor de quién, quizá no lo había sabido nunca.

Se había sentido indispuesta y tenía la seguridad de que había perdido el sentido, pero, ¿cuánto tiempo?

Observó su reloj y se dio cuenta de que estaba parado, cosa no frecuente en ella pues cada noche, instintivamente, le daba cuerda.

Se estremeció ligeramente. Se puso en pie al tiempo que el espejo le revelaba unas tenues ojeras. Su pequeño bolso de mano estaba a su alcance. Lo abrió y dentro de él, todo estaba en orden, incluso unos dólares que llevaba encima por si tenía que pagar algo al contado o dar propina a algún empleado del hotel.

Mujer al fin, retocó su rostro que lució rápidamente, máxime al perfilar y maquillar sus párpados, cejas y pestañas. Luego, dio a su boca un ligero toque con el *rouge* transparente, pues el color cereza que ya poseían por sí mismos era muy atractivo. Lo único que hacía era protegerlos contra la intemperie y hacer que fueran más suaves y brillantes.

Escondió de nuevo sus pequeños bártulos de cosmética dentro del bolso, más no logró desfruncir su ceño, preocupada por algo que no lograba saber a ciencia cierta qué era.

Su jaqueca se disipaba, incluso veía con más claridad ya que su mirada, al principio, semejaba velada por una débil cortina de humo.

Tiró de la cadena que sujetaba el tapón del lavamanos y el agua fue sorbida rápidamente por el cañón. Nora escuchó atenta el gorgoteo del agua. Le recordaba sigo y no sabía el qué.

Abandonó el lavabo individual para pasar a la *toilette* general por cuya puerta se salía a la cafetería.

Al descubrir a la empleada que estaba leyendo una revista de actualidad, abrió su bolso de mano para entregarle algunas monedas. La mujer apartó el rostro de la revista y observó a Nora. Tendió su diestra hacia las monedas de modo mecánico.

—Gracias.

—Oiga, por favor, ¿sabe si he estado mucho rato ahí dentro?

Con un movimiento de cabeza, Nora señaló el lavabo individual.

—¿No se encuentra bien?

La muchacha trató de sonreír para no llamar demasiado la atención de la empleada.

—Oh, bueno, la verdad es que me he mareado un poco. Últimamente no estoy muy bien de tensión y como el reloj se me ha parado...

—Yo no la he visto entrar ahí.

—¿Cómo?

—Verá, es que me han llamado a recepción para verificar unos datos sobre el material que se consume aquí y por lo visto usted ha entrado mientras yo estaba ausente.

—Sí, eso será.

Preocupada pero no demasiado, se dirigió hacia la salida cuando la empleada la llamó con una exclamación:

—¡Olga! usted es una de las mises que van a competir esta noche, ¿verdad? La he reconocido en las fotos de la revista.

—Sí, soy *miss* Louisiana, pero el concurso no se celebra esta, noche sino dentro de cuatro días, es decir, cuatro noches.

Esta vez, quien parpadeó fue la empleada de la *toilette*.

—Creo que está equivocada, señorita. ¿No será que se encuentra mal todavía?

—No, me siento bien y le he dicho la verdad.

—Pues me temo que esta revista dice lo contrario.

Además, el salón grande del hotel ya está preparado y decorado para la gran fiesta de elección de “Miss Eva Tío Sam” patrocinado por el Star Hotel.

—No puede ser, si he llegado hoy y tenía una invitación de cuatro días en el hotel antes de la elección de las misses. ¿Acaso han adelantado la fecha?

—Que yo sepa no. Mire, fecha de elección día diecisiete.

—Pero, hoy estamos a trece.

La empleada sonrió y muy segura de sí misma denegó:

—No, hoy estamos a diecisiete. Esta revista es de hoy mismo, mire la fecha.

Intrigada, Nora leyó la fecha que efectivamente correspondía al día diecisiete.

—Hay páginas a todo color dedicadas a las misses y una exclusivamente para usted, por eso la he reconocido.

Materialmente, Nora le arrebató la revista de las manos y buscó afanosa la página en que debía estar ella. Al fin, la halló.

—¿Ve cómo es usted?

—Sí, no hay duda —admitió con desaliento.

La fotografía más grande, la que centraba la página, era una instantánea tomada a todo color durante el *cocktail*. Don H. Kenneth, propietario del hotel y promotor del concurso “Miss Eva Tío Sam”, brindaba con Nora con una copa de champaña en la mano. La joven parecía muy alegre y sonriente.

Dentro de la neblina que invadía su memoria, recordó vagamente cuando le tomaron aquella foto, pero hubiera jurado que hacía breves minutos de ello.

Observó también las otras fotos, más pequeñas, que rodeaban la grande en la que vestía el mismo atuendo que llevaba ahora, un vestido dorado con reflejos metálicos, ancho escote y minifalda.

En las otras fotos se veía visitando el zoo de Nueva York el Central Park, la estatua de la Libertad y otros lugares típicos de la gran urbe. En dichas instantáneas lucía vestidos distintos y que reconoció inmediatamente por ser los suyos, pero en todas ellas

llevaba unas galas de sol que ocultaban sus ojos.

—Tome, su revista.

La empleada la recogió. Con aire suficiente, como de estar de vuelta de todo, se aventuró a decir:

—Vigile lo que le dan a beber. Muchos hombres, disimuladamente, ponen polvos en las copas de las chicas guapas para conseguir lo que quieren. A veces, esos polvos no sientan bien al cuerpo y vienen aquí mareadas.

Nora, sin articular palabra, abandonó la *toilette* y se encontró inmersa entre la gente que charlaba en la cafetería. Mientras, por los altavoces de gran calidad sonora, brotaba una música *cold-soul*.

—Hola, señorita Power, creí que se estaba retrasando en bajar. Los muchachos de la Prensa ya andan por ahí a la caza de instantáneas.

Nora se volvió hacia la mujer que acababa de hablarle reconociéndola al instante. Era Pamela Adams, una cuarentona que en su juventud debió ser muy bella y que había retenido parte de esa hermosura.

No era tan alta como Nora y su cabello era cobrizo frente al rubio de “Miss Louisiana”. Pamela Adams era la *public relations* del Star Hotel y quién se encargaba del montaje y distribución de la fiesta para elegir a “Miss Eva Tío Sam”. Se cuidaba de todas las concursantes y de que todo estuviera a punto y no fallara ningún detalle.

—Dígame *miss* Adams, ¿de veras es hoy día diecisiete?

—Naturalmente. ¿Le ocurre algo, chiquilla?

Nora sintió un extraño vahído pero se repuso. Los Ojos grandes y oscuros de Pamela Adams se clavaron en ella inquisitivos.

—No, es que tenía una duda. Antes me he sentido algo mal.

—¿Desea que avise al médico del hotel?

—No, no, ha sido un simple mareo. Ya estoy bien.

—Uf, menos mal. Usted es una de las bellezas más buscadas por los chicos de la Prensa. Tiene grandes posibilidades de llevarse el primer puesto y ya sabe que consiste en mil dólares, un abrigo de visón y un viaje alrededor del mundo a todo confort.

—Me gustaría mucho ser “Eva Tío Sam”, de este año, más temo que mis rivales son demasiado hermosas.

—No sea tan modesta, que no en vano es “Miss Louisiana”.

Bueno, tengo que seguir atendiendo a los invitados. Dentro de media hora reúnanse con el resto de concursantes tras el escenario que han montado en el salón grande.

—Sí, allí estaré.

Se dirigió a la barra y pidió:

—Un “bourbon”.

Del paquete de cigarrillos que había en el interior de su bolso extrajo uno y se lo llevó a los labios con un ligero temblor en sus manos.

La llama de un mechero que se encendió a la primera quedó ante su cigarrillo. La aceptó.

—Gracias.

—¿Nerviosa?

Mientras aspiraba el humo y el camarero le servía su “bourbon”, Nora Power se volvió hacia el hombre que le ofreciera fuego. El rostro varonil de aquel rubio de ojos oscuros, casi impenetrables, mentón cuadrado y nariz proporcionada, le agradó, la hizo sentirse bien. Respondió porque no le pareció el sujeto mujeriego a la caza de conquistas fáciles.

—Un poco.

—No debe estarlo, Nora.

—¿Me conoce?

—¿Y quién no? Su foto ha aparecido en las revistas de actualidad.

—Sí, creo que a veces alguien se hace popular y el interesado apenas se da cuenta de ello.

—¿Tan fácil le ha resultado asimilar esa fama?

Con sarcasmo, sin meditar sobre si debía hablar poco o mucho, respondió sincera:

—Tan fácil que he vivido cuatro días de mi vida sin vivirlos.

—No la entiendo.

Nora bebió un sorbo de licor mientras sostenía el cigarrillo entre sus dedos delgados.

—No sé si me hace falta mi madre, un amigo o un médico.

—Me llamo Jack Young Side pero con Jack basta y si te hace falta un amigo, puedes confiar en mí.

Ella le miró con un parpadeo.

—La verdad es que no tengo madre y no quiero ver a un

médico —sonriendo añadió—: por miedo a que me encierren en un sanatorio mental.

—Sólo queda el amigo.

—Sí, pero no sé por qué he de confiar en ti.

—Bueno, creo que no he tenido tiempo de hacer méritos para que confíes en mí, pero si seguimos amigos, en adelante trataré de hacerlos.

—No eres de la Prensa, ¿verdad?

—¿Tengo cara de repórter?

Ella sonrió abiertamente, va más tranquila.

—No, no tienes cara de repórter y quisiera que me dieras tu palabra de que no vas a revelar a nadie lo que te cuente.

—Palabra.

Mientras escuchaba a Nora Power, Jack vio a través de uno de los múltiples espejos que había en la cafetería como, dos hombres, vistiendo *smoking* al igual que él mismo pero con aire de *bouncers*, les observaban.

—Según parece, llegué hace cuatro días.

—¿Invitada por el hotel con gastos pagados?

—Sí, y a mí eso me puso muy contenta.

—¿Y qué ha sucedido, te quieren cobrar ahora?

—Creo que eso no me preocuparía tanto como lo que me ha pasado.

—Dime eso tan grave.

—Pues que el primer día participé en un *cocktail* que se celebró en esta misma cafetería. Tomé un par de combinados, una copa de champaña...

—¿Te mareaste?

—Bueno, no soy lo que se dice una chica de provincias, jamás me había mareado antes pero me sentí mal. Fui a la *toilette* creo que perdí el sentido, aunque no estoy muy segura de ello, y he despertado hace unos minutos.

—¿En la *toilette*?

—Sí.

—¿Quieres hacerme creer que te has pasado cuatro días inconsciente en el tocador?

—Pues no parece ser esa la verdad. He estado en Nueva York aquí y allá visitando monumentos y dejándome fotografiar, pero no

me acuerdo absolutamente de nada. Cuatro días en blanco.

—Creo Nora que serías un excelente caso para un siquiatra de moda.

—Sí, y lo malo es que tengo poco dinero; esos siquiátras cobran muy caro.

—¿Te sientes mal?

—No, solo tengo algunas pequeñas molestias que no vale la pena enumerar.

—Nora, en confianza, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Bueno, si no es demasiado indiscreta.

—¿Tomas drogas?

—No —fue la respuesta categórica de “Miss Louisiana”.

—¿No te has inyectado nada en los días que llevas en Nueva York?

—No, por supuesto. Ya te he dicho que no soy drogadicta.

—Sin embargo, veo marcas en tus venas cefálicas.

—¿Cómo? —Nora Power alzó los codos y en el pliegue de los mismos descubrió recientes punzadas propias de una aguja hipodérmica—. Qué raro, si no me he inyectado nada.

—¿Seguro?

—Completamente.

—Si dices que no recuerdas nada de estos cuatro últimos días, ¿cómo estás segura de que no te has inyectado nada?

Los grandes ojos de la hermosa “Miss Louisiana” parpadearon. No supo qué responder y cuando buscaba en su mente palabras adecuadas que pudieran aclarar la confusión que sentía, apareció junto a ella Pamela Adams. Sonriente pero enérgica indicó:

—¿Qué hace aquí, Nora? Vamos, vaya con las otras muchachas. Debería estar preparada ya. El pase va a comenzar de un momento a otro, el jurado ya se ha reunido.

—Oh, sí, claro, he venido a Nueva York para concursar. —Miró al hombre y dijo—: Mucho gusto en conocerte, Jack.

—Mis aplausos están asegurados para ti, Nora.

Pamela Adams miró a Young de un modo especial mas no dijo una sola palabra.

Young, que había quedado junto a la barra, vio alejarse a las dos féminas. Una esplendorosa, juvenil y la otra en decadencia. Nora Power arrancaba destellos de admiración en los ojos de los

varones que la veían pasar.

Aguardó como los demás concurrentes y luego se dirigió al salón grande donde estaban preparadas las cámaras de televisión, las Limadoras de los noticieros cinematográficos y los locutores de emisoras de radio en medio de una plaga de repórters fotográficos.

—Un momento, por favor.

Jack se detuvo al ser interpelado. Con la mayor indiferencia, miró a los dos tipos que se habían interpuesto en su camino hacia una mesa próxima a la pasarela por dónde debían pasar las misses.

Aquellos sujetos, vestidos de *smoking* como el resto de invitados y el propio Jack, eran los mismos que viera a través del espejo de la cafetería.

—¿Sucedee algo?

—¿Su invitación, por favor?

—¿Mi invitación? No tendrán la indelicadeza de pedírmela, ¿verdad?

—Naturalmente, señor. Todos aquí la llevamos.

—Sí, es así pero vean, en el escenario les reclaman.

Los dos hombres se volvieron hacia el gran y lujoso escenario el tiempo justo que Young utilizó para sacar del bolsillo de uno de los concurrentes la larga invitación.

—No nos llama nadie —aclaró uno de los matones.

—Bueno, disculpen, es que de lejos no veo muy bien. Habían pedido mi invitación, ¿verdad? Aquí está.

Con el ceño fruncido, comprobaron la autenticidad de la invitación y se la devolvieron.

—Está bien, pase. Ha sido simple precaución.

—Lo comprendo, lo comprendo —dijo Jack sonriendo y saludándolos con un movimiento de cabeza. Se acomodó cerca de la pasarela y la fiesta comenzó.

El primer pase de las aspirantes al título de “Eva Tío Sam” fue individual y en vestido de calle.

Todas eran bellezas extraordinarias, provenientes de las cincuenta estados de la Unión.

Cuando Nora Power pasó junto a la mesa donde estaba Jack, sonrió y él le lanzó un discreto beso que ella agradeció adquiriendo seguridad en sí misma. Si antes había caminado dubitativa, vacilante, ahora lo hizo con desenvoltura y gracia que arrancó

aplausos de la concurrencia mientras las cámaras de televisión la seguían.

El segundo pase fue en traje de noche. Todas las concursantes lucían el mismo modelo ajustado a sus tallas. Por último, llegó el esperado tercer pase.

La representante de Nueva York abrió el pase con un bikini también idéntico al que lucirían las demás.

Siguió Nora.

El maravilloso rostro de óvalo perfecto coronaba aquella obra de la Madre Naturaleza.

Jack Young Side tomó un par de *scochts* mientras deliraba el jurado, reunido en una mesa larga frente a la cual habían pasado todas las concursantes.

Al fin, el *speaker* se acercó al micrófono en medio de un redoble de batería que silenció los murmullos de los concurrentes.

—¡El jurado estima que la señorita Nora Power, “Miss Louisiana”, es “Miss Eva Tío Sam”, mil novecientos sesen...!

Los aplausos no le dejaron terminar las palabras.

Se corrió un gran cortinaje del fondo y apareció Nora, todavía en bikini.

Pamela Adams salió a su encuentro, elegantemente ataviada y llevando consigo un abrigo de visón blanco que puso sobre los hombros de la bella. Le besó ambas mejillas y después la acompañó hacia el micrófono mientras la reina del año anterior se Acercaba a Nora con la corona en la mano.

Jack Young Side calentaba sus manos aplaudiendo. Pese a la distancia pudo ver cómo unas lágrimas de alegría empapaban los ojos verdes de Nora, sin embargo, había algo que le preocupaba:

“¿Qué habrán sido esos cuatro días en blanco de «Miss Eva Tío Sam»?”.

CAPÍTULO IV

Don H. Kenneth se creía un perfecto *gourmet*. Senado frente a una mesa sibaríticamente servida en su mansión al norte de Bronx, era observado filosóficamente por Sterling Lane, su hombre de confianza.

Don H. Kenneth era un irlandés alto, con casi dos metros de estatura, rostro cuadrado, cabello rubio cortado al cepillo y sus ciento diez kilos de peso.

Sterling Lane, más melenudo pero con la frente también más despejada, le observaba comer a dos carrillos. En el fondo de sus ojos brillaba una lucecita de repugnancia que el patrón no lograba descubrir.

—¿Por qué no ha comido más en la fiesta de las misses?

—Por ética, Sterling, por ética —respondió con la boca llena de carne de vaca, regada con picante salsa.

—¿Acaso temía que los muchachos de la Prensa que fotografiaban a las misses, en especial a “Miss Eva Tío Sam”, le tomaran una foto a usted con todos los platos que ahora tiene delante?

—Bueno, no quiero que digan que vivo demasiado bien. Mis empleados del hotel pedirían aumento de sueldo. —Se rio sin haber tenido tiempo de engullir toda la carne que seguía masticando con sus muelas—. Sterling, sírveme vino.

Los ojos de Lane tuvieron un rápido destello. Sonrió y luego replicó.

—Llame al mozo.

—Te he dicho que me lo sirvas tú —ordenó molesto pero sin volverse atrás.

Sterling Lane apretó los labios. El, más cerebro que físico, sentía una innata repugnancia por Kenneth, más sabía que a veces tenía que doblegarse a sus caprichos, Kenneth pagaba bien si se le servía adecuadamente.

Se levantó y escanció el vino, un Burdeos cosecha del cuarenta

y seis.

—¿Es bastante? —inquirió irónico, quizá para salvar su propia dignidad.

Kenneth le observó socarrón. Le agradaba humillar a todo el mundo.

—Anda, sírvete un vaso tú también. Es un vino que vale lo que pesa en oro.

—Gracias, prefiero un *scocht*.

—Sterling, tú sabes escribir, planificar, pensar como nadie pero no sabes comer ni beber.

Sterling miró la casi docena de platos que Kenneth tenía delante, entre los cuales hundía sus dedos picando aquí y allá. Tuvo deseos de replicar que él era humano y no una bestia devoradora, pero se contuvo. Aparte de ser el patrón, el dueño de todo, Kenneth tenía dos cosas: mal genio y rapidez para desembarazarse de quienes le molestaban y unos puños como arietes, capaces de fracturarle las dos mandíbulas da un solo golpe.

—Soy hombre de dietética frugal y equilibrada.

—Vivirás muchos años, Sterling, pero como un muerto. La vida hay que saborearla aunque sea en privado como lo hago yo ahora. La gente no sabe comprender las debilidades del prójimo.

Sterling Lane observó una vez más las carnes, diversos tipos de pescado, huevos, queso, mariscos, etcétera, que surtían la mesa de aquella especie de monstruo capaz de digerir todo aquello de una sola vez. Supuso que roncaría fuerte o hablaría en sueños.

—No quiero padecer de gota ni de arteriosclerosis.

—Tú no tendrás colesterol en las venas pero seguro que padecerás úlcera de estómago antes de un año.

Sterling pensó que aquel monstruo estaba en lo cierto. Tenía un principio de úlcera péptica en el duodeno.

—Tomaré leche —respondió filosóficamente, previendo el futuro.

—Pues yo no. Después de una buena comida, tomo una hermosa mujer.

—¿“Miss Eva Tío Sam”, acaso?

—No, a Nora Power no hay que molestarla por ahora.

—¿A quién, entonces?

—A la segunda, clasificada, *miss* California, Gigely Janson, una

morena con muchas redondeces y tú irás a buscarla.

—¿Y si no quiere venir? Puede tener otros planes.

—Es posible, pero a esa clase de chicas las conozco bien y es fácil convencerlas.

—¿Con unos billetes? —preguntó Lane.

—Lane, piensas mucho pero comes poco de todo, tú ya me entiendes. Hay que despabilarse.

—Digamos que hay que ser más cínico.

—Llámallo como quieras, pero si das unos billetes a una chica pueden suceder dos cosas. Que haya corrido mucho y se los guarde en la liga.

—¿Y la otra?

—Que se haga la ofendida por no haber tenido tropiezos amorosos o quizá máximo, con su novio.

—Ya. ¿Y cómo hay que convencer a las de esa clase?

—Diciéndole que está invitada a cenar aquí. De mi parte le llevarás este presente.

Abrió un cajón de la mesa y sacó un pequeño estuche negro que mostró a Lane.

—Un diamante grande como un garbanzo. Eso le hará bailar los ojos y no opondrá resistencia para venir a cenar conmigo, claro que yo ya habré cenado. Ah, te ruego que no tardes mucho; estaré esperando.

Sterling Lane tomó el estuche y contempló el solitario que brillaba a la luz de las lámparas.

—Cualquier experto se daría cuenta inmediatamente de que esto es una burda imitación. A lo sumo valdrá cincuenta dólares.

—Tú lo has dicho, un experto, y no creo que esa Gigely sea experta en gemas. Valorará la joya por encima de los dos mil dólares.

—Cuando la chica trate de venderla o por lo menos valorarla, se dará cuenta.

—Supongo que sí —asintió mientras tomaba un vaso entero del escogido vino—. Pero ya me habré cansado de ella.

—¿Aunque sea mañana mismo?

—Sí. Y nunca guardo los platos de un día para otro, prefiero que me los sirvan nuevos. Siempre hay manjares distintos para probar y mientras tenga dinero para pagarlos...

—Y cinismo para hacer jugarretas.

—¿Acaso te remuerde la conciencia?

—Usted sabe que yo tampoco tengo conciencia, solo que empleo mi cerebro para otras cosas.

—Porque eres tonto. Por un anillo de bisutería fina tendré un buen complemento de cena.

—Ella puede tomar represalias mañana.

—Oh, qué poco conoces a las mujeres. Eres perfecto como computadora, pero una nulidad como... ¿cómo diría yo?

—¿Cómo vividor?

—Eso es, no creas que voy a sentirme molesto por la palabra. Verás si esa chica protesta, tendrá que decir lo que ha hecho para que le den el anillo a cambio y no creo que abra demasiado la boca. Vamos Sterling, quizá con el tiempo y sirviéndome a mí acabes por saber algo más que planificar, computar e idear planes como el de Norman J. Preesley.

Lane suspiró y se puso en pie. Se dirigía ya hacia la puerta cuando esta se abrió apareciendo uno de los matones que hacían de criados en la mansión de Don H. Kenneth.

—Afuera hay un sujeto con barba que dice necesita hablar con usted urgentemente.

—¿Te ha dicho su nombre?

—Sí, Hanter, pero dice que usted le conocerá mejor por el Chivo.

—¿Cómo habrá llegado ese tipo hasta aquí? —se preguntó Kenneth molesto.

—Quizá ha sido listo y lo ha seguido.

—Es posible. Tú Sterling escóndete tras la cortina y tú dile que pase.

Lane observó irónico:

—Tengo que llevarle el valioso solitario a una tal Gigely Janson.

—Ella puede aguardar unos minutos. Le diré a Pamela que la entretenga hasta que tú vayas a verla pero ahora, escóndete.

Sterling Lane se ocultó tras uno de los pesados cortinajes. Mientras, Kenneth telefoneó al hotel.

—Con Pamela Adams —ordenó seco.

La voz del patrón era inconfundible para la telefonista quien se

apresuró a efectuar el pase de comunicación sin preguntar.

—¿Diga? —respondió Pamela.

En aquel instante penetraba el barbudo que escapara tras el asesinato de Norman J. Preesley. Kenneth cubrió el teléfono con la mano y ordenó:

—Aguarda un momento. —Hanter asintió con la cabeza—. Pamela, lleva a la cafetería a Gigely Janson y entretenía. Lane pasará luego a darle un recado de mí parte.

Al otro lado del hilo, Pamela Adams asintió:

—Comprendido, ya la prepararé convenientemente, sabes que lo hago bien.

—Magnífico Pamela, eres una mujer inteligente. Mañana nos vemos.

Sin más, colgó el auricular.

—Buenas noches, señor Kenneth —saludó Hanter con mirada maliciosa. Sin embargo, en el fondo de ella, había un atisbo de temor, como si se diera cuenta de que estaba pisando terreno resbaladizo.

—¿Qué es lo que te ha hecho venir hasta mi casa, Hanter?

—Bueno, me he enterado de donde vivía.

—¿Cómo?

—Vi su foto en un periódico junto a unas chicas. Luego, fue fácil averiguar su dirección.

—Bien, ya estás aquí. Ahora, ¿qué?

Don H. Kenneth hablaba cortante y aquello no gustó a él Chivo pese a ir preparado para ello.

—En el West Side éramos tres amigos y dos murieron.

—Sí, creo que lo llevaba la Prensa al día siguiente, en la crónica negra. Dos jóvenes acuchillados en el West Side, eso no es nada nuevo.

—Sí, es cierto, no es nada nuevo, pero me extrañó que no llevara la muerte del tipo que acuchillamos.

—Pero, ¿hicisteis el trabajo, no?

—Sí, lo hicimos. Fui a la Morgue y me enteré de que había habido otro muerto pero que era asunto federal, que no se trataba de una riña vulgar. Tomé muchas precauciones para hacer las preguntas pero no me gustó que se tratara de un asunto federal y tan secreto.

—Yo os pagué por el trabajo.

—Sí, es cierto.

—Y vosotros sabéis que cuando se va a matar a un tipo se corre el riesgo de que ese tipo os mate a vosotros.

—La verdad es que intervino otro sujeto.

—¿Ah, sí? No lo sabía. ¿Quién es?

—Supongo que un compañero del otro pero claro, la cosa se ha puesto fea y me estarán buscando.

—¿Pudo verte?

—No sé, es posible que sí. El tipo demostró tener buena puntería. El rubio no murió de una cuchillada sino de un balazo.

—Y ahora tú, ¿qué quieres de mí? Yo pagué pero las complicaciones, si las hay son para ti.

—Y ahora para usted también. —Hunter vio cómo Kenneth empuñaba sus pupilas amenazadoramente y suavizó sonriendo —. Claro que si usted quiere, no las habrá.

—¿Has venido a chantajearme? Te advierto que un mugroso como tú me da náuseas, nada más.

—Oh no, chantajearle no, qué palabra más fea. Sólo quiero pedirle trabajo.

—Ya te lo di y bien pagado.

—Si pero lo quisiera fijo, como los que trabajan para usted en el hotel o aquí en su casa.

Kenneth miró al barbudo y preguntó:

—Aparte de chantajear, ¿qué más sabes hacer?

—Encárgueme de quien usted ordene y no haré preguntas.

—Hum, no está mal, pero mis hombres van limpios, siempre aseados y afeitados.

—Yo también iría si tuviera dinero.

—De acuerdo. —Sacó un bolígrafo y un papel y escribió:

“FOORNELL, DALE ROPA LIMPIA Y CIENTO DÓLARES AL PORTADOR DE ESTA MISIVA Y QUE SE LLAMA HANter D.K.”.

Hanter tomó la nota. Sonrió satisfecho y dijo:

—Magnífico, ese tal Foornell me dará ropa y cien pavos, claro que cien es poco aunque solo sea para empezar.

—Bueno, ya veré de que te dé más luego, siempre que

intereses.

—Intereso, ya lo creo que intereso. —Hizo una ligera pausa y agregó—: Al tal Foornell, ¿dónde puedo encontrarlo?

—En el hotel Star, pero mientras lleves esas ropas ve por la puerta de servicio.

—Por supuesto, no quisiera desprestigiar su lujoso hotel, un hotel que debe dar mucho dinero para que usted pueda comer tan opíparamente como lo está haciendo esta noche.

Sintiéndose seguro de sí, como si tuviera dominado a Kenneth al que no conocía bien. Hanter arrancó el dorado muslo a un faisán y se lo llevó descaradamente a la boca. Lo mordió y saboreó a placer. Luego, dijo:

—No sé lo que es, pero está bueno.

—Tienes gustos caros, Chivo. Esa pata que has cogido vale sus diez dólares por lo menos.

—Ya ve, Kenneth, con lo que a usted le sobra yo me conformo.

Dejó el hueso sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

Cuando se hubo marchado, Sterling salió de detrás del cortinaje.

—Supongo que no hablará en serio de contratar a ese chantajista, ¿verdad? —preguntó irónico.

Kenneth sonrió pero sus ojos expresaban un sentimiento muy distinto.

—Me hubiera gustado agujerearle el estómago aquí mismo pero no me agrada la sangre en mi casa. Podría traer escándalos. Además me hubiera estropeado totalmente la cena.

—Ya lo ha hecho en parte.

—Es cierto, ha puesto sus gotas de acíbar como postre. Menos mal que Gigely me hará olvidar a ese tipo asqueroso y repugnante.

—Ya le dije que cuando quisiera acabar con alguien no utilizara a nadie ajeno a su nómina.

—El tipo de la CIA, era peligroso. Habrá investigación y no quería que descubrieran a mis hombres en el lío. En fin, las cosas no han salido bien del todo.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—¿Qué harías tú, Lane? Exprime tu cerebro.

—Hombre muerto, hombre que no da problemas.

—Oh, Sterling, gran idea, pero, ¿qué más?

—El Chivo podría desaparecer en la caldera de la calefacción del hotel. Se le mete dentro, se cierra la compuerta, se inflama el *fuel-oil* y antes de una hora ha desaparecido sin dejar rastro.

—Pero Sterling, ¿olvidas que es verano y la calefacción no funciona?

—Normalmente no, pero siempre se hacen pruebas de conservación y no será necesario que el vapor salga de la caldera. Sólo habrá que probar si funcionan bien las válvulas de seguridad, luego se apaga la caldera y asunto terminado.

—De acuerdo Sterling, es perfecto. Escribiré una segunda nota, muy clara y explícita diciéndole a Foornell que se olvide de ser generoso con Hanter y que obedezca tus indicaciones que son mis órdenes.

—Correcto.

Kenneth redactó una nota y la entregó a su cerebro gris recordándole:

—No olvides darle mi obsequio a Gigely Janson; la estaré esperando.

CAPÍTULO V

El cabello negro, abundante, rizado y revuelto, que apenas le dejaba un par de dedos de frente, cejas oscuras, muy anchas y pobladas y una tez bronceada a la par que una boca de labio superior algo abultado, cubierto por un bigote espeso, le identificaban como un portorriqueño, más había algo extraño en aquel hispanoamericano. Quizá era demasiado alto, un metro noventa no era una estatura común entre los habitantes del Caribe.

Vestido con un pantalón y un pullover claro se introdujo en el Star Hotel por la puerta de servicio, reservada para los empleados subalternos.

Sus ojos oscuros y penetrantes observaron atentos en derredor. Cruzó el almacén y la cocina por entre los numerosos empleados del hotel sin que nadie le cortara el paso.

Se enfrentó con un corredor ancho por el que podían circular carretillas eléctricas. A ambos lados del mismo había puertas dobles. Algunas de ellas se abrían con solo empujarlas, otras tenían cerraduras y sobre cada una había un rótulo bien visible.

“Lavandería”, “lencería”, “sala de calefacción”, “sala de refrigeración”. En otra, aparecía una calavera con tibias advirtiéndolo: “mandos eléctricos y transformador”.

Había otra puerta que comunicaba con una escalera que ascendía al salón del hotel y un ancho montacargas que podía detenerse en cada piso hasta la azotea. Junto a él una escalera de emergencia para caso de avería del montacargas.

La puerta que conducía al salón principal del hotel se abrió inesperadamente sorprendiendo al intruso en mitad del pasillo, ya que este había advertido una actividad general. La mayoría de los empleados del hotel se hallaban en sus casas durmiendo y solo laboraba el reducido turno de noche.

Un sujeto alto, fornido, vestido de *smoking* aunque podía deducirse con facilidad que no había nacido para llevar ropa buena, se quedó mirando al portorriqueño. Avanzó hacia él mientras el

hispanoamericano sonreía con desenfado.

—¿Qué haces aquí?

—¿Quién, yo?

—¿Quién va a ser, me tomas por imbécil? —gruñó el tipo del *smoking*. Poseía unos puños capaces de arrancar una puerta de cuajo de un solo golpe.

—Una nueva hormiga de este hotel.

—No te conozco.

—Mi madre sí.

—No te hagas el gracioso.

—Usted pregunta y yo respondo, siempre es así.

—¿Cuál es tu nombre?

—Mariano.

—Pues oye Mariano, no me gustas, de veras que no me gustas.

—Mientras le guste a mí chica...

—Sigues haciéndote el gracioso, ¿eh? Me parece que tú eres un vulgar ratero que viene aquí a ver qué puede sacar, quizá un poco de ropa sucia porque tu repugnante humanidad no puede aspirar a más. Yo te voy a enseñar cómo tratamos en este hotel a los tipos como tú.

—Eh, espere, ahí viene el sujeto que me contrató.

—¿Quién?

El fornido empleado del “Star” se giró para mirar hacia la puerta que quedaba a su espalda. Por parte de su interlocutor recibió un fuerte golpe de karate en la base del cuello. Se tambaleó y recibió dos golpes más. Se desplomó como un buey apuntillado.

El falso portorriqueño miró en derredor. No había nadie. Cogió el cuerpo del empleado y empujando con la espalda la doble puerta de la sección de lavandería, penetró en el recinto.

Buscó un lugar apropiado y lo halló en una gran carretilla de acero. Con un par de medias sucias ató las manos del matón a su espalda. Lo amordazó con un echarpe de mujer tras ponerle un par de calcetines de nylon en la boca. Lo envolvió con dos sábanas grandes y lo metió dentro de la carretilla. Luego, lo cubrió con cuanta ropa quedó a su alcance. Aquel individuo no habría de molestarle hasta que lo hallaran al amanecer.

Iba a salir de la sección de lavandería, donde toda la maquinaria estaba silenciosa por ser altas horas de la madrugada,

cuando escuchó pasos. Se detuvo junto a la puerta, una puerta con dos ventanillas de cristal a la altura de la vista.

Quedó quieto mirando a través del cristal. No era fácil que le descubrieran allí, ya que en el corredor había profusión de luz y dentro de la lavandería solo la que penetraba por aquellas mirillas.

—Aguarda aquí, ahora vendrá Foornell.

Los puños del portorriqueño se crisparon. Acababa de reconocer al mugroso barbudo que estaba junto a otro de los matones que custodiaban el hotel.

Tuvo deseos de abrir la puerta y saltar sobre aquel barbudo execrable más se contuvo, podía ganar mucho más esperando.

Escuchó el abrir y cerrar de otra puerta. Aparecieron dos tipos más, uno de ellos destacaba sobre los otros Parecía tener más cerebro, lo que no quería decir mejores instintos.

—Foornell, este tipo, dice que tiene un recado para usted de parte del patrón.

El sujeto, que más semejaba un inglés refinado, miró despreciativamente a él Chivo. Se limitó a preguntar:

—¿Ah, sí?

—Sí —asintió suficiente el barbudo—. Me llamo Hanter y Don H. Kenneth me ha dado esta nota para usted.

Foornell tomó el papel con la punta de los dedos, como si temiera mancharse. Lo leyó rápidamente y luego observó nuevamente al barbudo.

—Va a resultar bastante laborioso hacer de ti un tipo limpio y afeitado. Me temo que en tu vida has llevado sobre tu asqueroso cuerpo ropa cara.

Pana el barbudo, aquellas palabras fueron alfilerazos, más supo controlarse y replicó:

—Tampoco los tíos que le acompañan parecen elegantes. Un saco de patatas vestiría mejor.

Foornell se limitó a sonreír, pero a los dos *bouncers* aquello no les gustó y el que estaba junto a él fue el primero en darle como regalo un puñetazo en el hígado que le obligó a flexionarse de tronco como si fuera un perfecto gimnasta.

—Si vas a trabajar, con nosotros, vale más que tengas toda clase de respetos con tus compañeros. Son algo rudos a veces, ¿me oyes, Hanter?

—Sí, pero se lo diré a Kenneth y ya veremos luego.

—Me temo que vienes con muchas ínfulas, Hanter, y eso es malo. Cuando se empieza en un trabajo hay que ser un poco humilde o se corre el riesgo de que los demás crean que les vas a quitar el puesto. Eso es siempre peligroso, un día puedes despertarte con un cuchillo entre las costillas y entre nosotros no solomos preguntar quién ha sido.

Se abrió otra puerta, el aparente portorriqueño pudo oírlo claramente.

—Hola, Foornell, parece que hay reunión.

—Sí, es un nuevo compañero de trabajo. Ha venido de parte del patrón —explicó Foornell.

Sterling Lane sonrió. Escrutó al barbudo que mantenía los dientes apretados con fuerza, todavía amarillo por el castigo infligido a su hígado, no demasiado sano. Cambió una mirada de inteligencia con Foornell y le entregó la nota que llevaba consigo.

Foornell la leyó.

—Vaya, parece que el patrón demuestra su inteligencia...

—Sí, es que no quiere problemas en su mansión del Bronx —respondió Lane.

—Comprendo. Aquí se pueden arreglar mejor las cosas.

—¿Qué sucede, cuándo me darán mis cien dólares y ropa nueva? —gruñó Hanter nada satisfecho.

—Ahora mismo. Cacheadle.

—Eh, ¿qué significa esto? El patrón se va a molestar si me ponen las manos encima.

—¿De veras? —siseó Lane mordaz.

—Cree que el patrón ha dado contraorden —indicó Foornell, mostrando la segunda nota pero sin dejársela leer a él Chivo.

Hanter quiso rebelarse, asustado, percatándose de que las cosas no iban bien para él. Más, ya era tarde. El propio Foornell le apuntaba con una pequeña pero segura y rápida "Browning-38".

—Si me hacen algo, lo pagaré su patrón —dijo amenazador.

Sterling Lane sonrió.

—Los tinos como tú son unos imbéciles. Se creen demasiado listos antes de salir del cascarón.

Uno de los matones, Grego, sacó una pistola. El otro le quitó dos navajas automáticas.

—Iba bien provisto el nene, vaya un arsenal.

—Un tipo peligroso que ha dejado de serlo. Llevadlo a la calefacción.

—¿Se ha de encender la caldera? —preguntó uno de los matones.

—Sí, lo hará Lane, ¿verdad?

—No, yo tengo trabajo, un recado del patrón. Pamela Adams me está esperando.

—En ese caso, creo que podréis arreglarlos vosotros solos.

—Descuida, Foornell —asintió Tony—. Yo ya sé encender la caldera y a toda marcha. Con una hora bastará para que de este chivo no queden ni les cenizos.

—Sí, pero tened cuidado con el vapor. Cerrad las llaves de paso, no sea cosa que los huéspedes se quejen por exceso de calor.

—¡No! —rugió Hanter presa del pánico, dándose cuenta de que su audacia le había llevado demasiado lejos, tanto que estaba cayendo por un precipicio.

Las rodillas le temblaron bajo los oleosos pantalones. Intentó escapar y la culata de un revólver le golpeó la base de la nuca sin demasiada fuerza, solo la suficiente para que diera de bruces.

—Bueno, el Chivo, es vuestro. Lane y yo no hacemos falta aquí.

Los dos matones arrastraban a Hanter por los pies en dirección a la nave de calefacción donde se alineaban tres grandes y modernas calderas de calentamiento por *fuel-oil*.

El aparente portorriqueño aguardó a que desaparecieran Foornell y Sterling por una puerta y los dos matones con su víctima por otra. Luego, salió con cuidado y anduvo hacia la sección de calefacción.

Uno de los asesinos acababa de abrir la boca de la mayor de las tres calderas.

Hanter comenzó a recobrar el conocimiento. Grego le agarró por la muñeca y se la retorció brutalmente a la espalda, arrancándole un gruñido de dolor.

—Ahora vas a entrar dentro de esa caldera y luego le das recuerdos al diablo.

—¡No!

—¿No quieres darle recuerdos al diablo? —preguntó cínicamente.

—¡No me matéis, no podéis hacerlo!

—No nos gustan los llorones. Tony, abre la portezuela. Yo me encargaré de que se meta de cabeza y tú ve preparando el fósforo.

—¡No me maten, se lo suplico, no me maten, no quiero morir abrasado!

Como catapultado, el portorriqueño se abalanzó contra la puerta irrumpiendo en el cuarto de calderas. Tony y Grego, que no le esperaban, no reaccionaron a tiempo.

Los puños del recién llegado golpearon con fuerza el rostro de Tony. Hanter empujó a Grego, pese a hacerse daño en el brazo por el que lo sujetaban. Grego quiso sacar su arma, pero el pseudoportorriqueño le largó un puntapié tan certero que lo desarmó.

Luego, un rodillazo en el costado y soltó a Hanter que quiso precipitarse hacia la puerta. Más, se encontró delante a Tony, ya repuesto. Hubo pelea entre ambos mientras ocurría lo propio entre el portorriqueño y Grego.

Grego fue batido por los arietes demoledores de su enemigo y este corrió en ayuda de Hanter, enfrentándose con Tony, más fuerte que el barbudo.

Tony tuvo que encajar dos puñetazos en el mentón y codazos en el estómago.

Hanter no se preocupó de dar las gracias a su salvador. Corrió hacia la puerta, no sin antes tropezar con la trabeta que le hicieron los pies del propio portorriqueño.

—¡Espera, que te necesito para que hagas una confesión en regla!

Hanter abrió desmesuradamente los ojos a causa del pánico que sintió al escuchar tales palabras. Quien le había salvado de morir en la caldera también quería algo de él y probablemente le torturaría para conseguirlo.

Desesperado, huyó hacia la puerta. Su salvador tardó en perseguirlo, pues tuvo que acabar de desembarazarse de Tony. Tras dejar a los dos matones en el suelo, medio inconscientes, corrió tras Hanter.

Confundido por la pelea, el Chivo se equivocó de camino. Corrió por el amplio pasillo en dirección opuesta a la salida que había a través del almacén y la cocina.

Cuando quiso retroceder, el portorriqueño le cortaba el paso. Optó por introducirse en el montacargas.

Cuando el portorriqueño llegó a la puerta del elevador, este ya ascendía hacia lo alto con el mugriento Hanter.

—¡Espera, una confesión en regla te puede ayudar!

—¡Tú eres un poli, te huelo, y no me atraparás! —replicó el barbudo.

Aquel sujeto parecía poseer buen olfato para detectar a los policías, fueran de la especialidad que fuesen. Posiblemente, toda, su vida había estado poco o mucho al margen de la ley.

El pseudoportorriqueño echó a correr escaleras arriba tratando de que no se le escapara, más el elevador era bastante rápido y Hanter consiguió llegar a la azotea antes que él.

Cuando, jadeante, llegó a lo alto, una barra de hierro trató de partirle el cráneo.

Hanter, más descansado y habiendo llegado primero, había tenido tiempo de buscar una barra de hierro en la azotea y con ella intentó partir la cabeza de su perseguidor. Más, no le acertó como deseaba y solo le magulló un tanto la espalda.

Una patada contra el estómago de Hanter proyectó a este hacia atrás. El cielo tachonado de estrellas en una noche calurosa, una noche que apenas tenía un par de horas de vida, contempló la violenta pelea. Era una pelea a muerte, Hanter lo sabía y por ello arremetió nuevamente con su barra de hierro.

—¡No me atraparás, polizante! ¡Vas disfrazado pero lo huelo!

—¡Vamos, Hanter, no seas estúpido y no compliques las cosas! Me haces falta vivo para que declares en contra de Kenneth.

—Quieres meterlo en chirona, ¿eh?

—Vosotros asesinasteis a un compañero en el campo de béisbol y fue por orden de Kenneth. Es a él a quién quiero atrapar.

Siempre manteniendo la distancia con su barra de hierro, Hanter respondió:

—¡Para que atraparas a Kenneth, tendría que ser yo el testigo, el único testigo!

—Eso es, y si prestas declaración voluntaria te librarás de la silla eléctrica.

—Y a cambio, como la gran recompensa, me pudriré en la cárcel. No, polizante, no soy tan estúpido, entes te abriré la cabeza

a ti.

—Te buscas la silla eléctrica, Hanter y total, lo que harías es meter en la cárcel al tipo que ha tratado de convertirme en cenizas dentro de una caldera.

—No estoy muy agradecido a Kenneth, pero por vengarme de él no seré tan idiota de meterme yo mismo en la cárcel para el resto de mis días.

Trató de alcanzar a su contrincante en la cabeza y este esquivó a tiempo, pero lo que hizo Hanter fue burlarse porque luego dobló sus brazos y consiguió golpearle duramente en la cadera.

El portorriqueño se derrumbó y Hanter trató de aprovechar el momento para abrirle el cráneo con un golpe mortal. Más, había subestimado a su enemigo, quien se revolvió rápido. Apoyándole ambos pies en el vientre, flexionó y lo lanzó lejos de sí con fuerza.

Hanter perdió el equilibrio y fue a dar de espaldas contra el gran panel donde durante toda la noche parpadeaban las letras luminosas que componían el nombre del hotel.

Debió tocar uno de los cables de alta tensión que alimentaban los grandes neones de varios metros de altura. Brotaron chispas y Hanter lanzó un alarido. Una madera se quebró y Hanter se precipitó al vacío con la espalda invadida por las letales quemaduras producto de los voltios que alimentaban el gran luminoso.

Lamentó la caída de Hanter con su consiguiente muerte. Su declaración habría resultado valiosa para arrestar a Don H. Kenneth y aquella posibilidad se había esfumado.

Cuando regresó a la escalera, oyó voces y el montacargas comenzó a descender. Percatándose de que tenía la salida cortada, corrió por la azotea descubriendo una escalerilla de incendios que descendía junto a las ventanas por un gran patio interior en cuyo fondo había unas grandes puertas para salida de emergencia del hotel en caso de incendios.

Descendió rápidamente las escaleras metálicas, más sabía que no tendría tiempo de llegar al final de las mismas sin que le descubrieran desde lo alto.

Optó por enfrentarse con una de las ventanas, abierta un par de pulgadas. La levantó con cuidado y pasó al interior de la habitación.

Tornó a bajar el cristal dejando caer las cortinas de tela

sintética.

La luz de la estancia se encendió inesperadamente para el hombre que se revolvió sobre sí mismo.

—¿Quién es usted? —inquirió una voz femenina.

—Vamos, cierra la luz —ordenó el hombre tajante. La mujer, que no era otra que Nora Power, abrió mucho los ojos al ver a aquel hombre con aspecto de salvaje. Gritó, más él se lanzó sobre ella tapándole la boca con la mano. Luego, tiró de la cadenilla de la lámpara, apagándola.

—Vamos, encanto, no seas gritona.

Nora Power dio un fuerte mordisco en la mano del hombre y este tuvo que aguantarse para no ser él quien chillara. Arrancó su mano de entre los perfectos dientes y le puso el embozo de la sábana para que su grito no pudiera escucharse.

La hermosa fémina pataleó dentro de la cama, pero fue inútil y así lo comprendió al darse cuenta de la fuerza varonil. Estaba atrapada en las manos de un hombre que podía dominarla físicamente y tembló de miedo.

Al poco vieron en la ventana, a contraluz, dos hombres armados descendiendo por la escalerilla. Nora Power los miró con los ojos muy abiertos y ya sin moverse.

—Esos dos tipos querían liquidarme y tú me has salvado la vida, Nora.

Ella quiso hablar, pero él, no estando seguro de que no volviera a gritar, continuó tapándole la boca con el embozo de la sábana.

—Tú y yo somos amigos, Nora. ¿No te acuerdas de la cafetería? Nora movió la cabeza en sentido negativo.

—Mira, Nora, yo no voy a hacerte ninguna clase de daño, todo lo contrario. Si me das tu palabra da no gritar, te soltaré ahora que ya ha pasado gran parte del peligro, pero te advierto que en el hotel hay gente buscándome y si me encuentran me pegarán un tiro a quemarropa.

Ella asintió con la cabeza y él la soltó.

Lo primero que hizo Nora Power al verse libre de las manos del hombre y de la mordaza, fue respirar con fruición.

—Yo no le conozco a usted, no le he visto nunca.

—Pronto cambiarás de opinión, Nora. Iré al lavabo, creo que me hace falta un poco de jabón.

Ella parpadeó y Jack, solo con la tenue claridad que penetraba por la ventana, se dirigió a la puerta del cuarto de aseo de la lujosa habitación. Encendió la luz que no llamaría la atención de quienes le perseguían por no dar al gran patio por el que se introdujera.

Lo primero que hizo fue arrancarse la peluca dejando al descubierto una frente el doble de ancha y un abundante cabello rubio. En aquel instante, a través del espejo, vio a la fémina que se había detenido junto a la puerta tras levantarse de la cama vistiendo tan solo el corto camisón.

—Hermosas piernas. No cabe duda de que la elección ha sido justa.

—Gracias —respondió mecánicamente. Aquella noche había recibido ya muchos halagos, pero en aquellos momentos le parecía vivir una pesadilla. Estaba desconcertada—. Creo que empiezo a reconocerte.

El hombre se quitó las abultadas cejas, el bigote y liberó su nariz de un apósito plástico con los bordes recubiertos de crema oscura para que no se notara.

De debajo del labio superior también sacó otro aditamento plástico color carne que había mantenido su boca deformada. Por último, se quitó el pullover y con el rostro desnudo empleó el jabón a fondo. No tardó en desaparecer el tono oscuro de su tez.

Miró a la joven y observó que esta le sonreía ampliamente.

—¡Jack!

—¿Tan irreconocible estaba?

—Tanto que si te han visto como has llegado, esos hombres no te van a reconocer ahora. Puedes estar seguro.

—Magnífico, no tengo deseos de más problemas por esta noche —dijo tirando la toalla y acercándose a la fémina que no se apartó de la jamba.

Ambos quedaron muy cerca. La seda del camisón, por su parte más abultada, rozó el torso varonil. Sin dejar de escrutar los ojos de Jack preguntó:

—¿Eres ladrón?

—¿De guante blanco?

—Eso estoy preguntando.

—No, por supuesto que no.

—¿Qué eres entonces?

—Vale más que no preguntes.

—Pero, es necesario que sepa algo de ti si has de quedarte aquí hasta que se haga de día. Yo no voy a dejar que esos hombres, sean policías o asesinos, te capturen.

—Eres una buena chica.

—No, solo una chica que quiere saber.

—A veces, saber demasiado es malo. Dime, ¿cómo va tu memoria?

—Mal. Sigo sin recordar nada de esos cuatro días en blanco.

—Pero, has tenido un desenlace feliz. Eres la mujer más hermosa.

—Eso es halagador para la vanidad femenina pero lo de las “misses” son tonterías.

—¿Por qué te presentaste entonces?

—Por si podía ganar lo que ofrecen y ya lo he ganado.

—¿Mil dólares?

—Un viaje alrededor del mundo, lo cual siempre me ha hecho una gran ilusión y además esto. Aguarda un momento y vuélvete de espaldas.

Jack Young Side obedeció y escuchó como ella abría el armario.

—Puedes girarte.

La vio envuelta en el blanco abrigo de visón.

—Es magnífico. —Se acercó a ella, cogiendo el suave abrigo con sus manos.

Afuera se escuchó el lejano ulular de un coche policial.

CAPÍTULO VI

Por encima del periódico que tenía delante, el inspector federal Spell miró preocupado a Jack Young Sido, su mejor hombre del departamento de contraespionaje.

Alrededor de la mesa que ocupaban ambos, leves murmullos de conversaciones, luces suaves y biombos hechos con papel de arroz. Se hallaban en un típico restaurante del Chinatown en la plaza Chatham, especializado en la cocina cantonesa.

—Este asunto no puede tener publicidad —advirtió Spell—. La Prensa mundial hincharía el hecho de que un agente especial de la CIA se haya convertido en un traidor. Nosotros pertenecemos al FBI, pero nos pidieron ayuda para este caso dada la amistad existente entre usted y Preesley. No podemos hacerles quedar mal.

—Creo, jefe, que lo mejor sería poner la punta de una pistola en la nuca de Don H. Kenneth para que escupiera lo que sabe.

—Conozco a esa clase de sujetos, no diría nada. Hanter murió y él era el único que podía ser su testigo de cargo.

—Pero sabemos que fue Kenneth quien hizo liquidar a Preesley.

—No conseguirá ninguna prueba. Esos tipos trabajan bien. Han muerto tres pandilleros, ellos hundieron sus cuchillos en el cuerpo de Preesley y Kenneth se marchó con las manos limpias.

—Con sus manos limpias, no, jefe. Se marchó con los microfilmes que le entregó Norman.

—En mala hora se los dio —se lamentó Spell.

—Sí, pero ya no es tiempo de lamentarse sino de recuperarlos. Según Preesley, esos microfilmes destruirán todo el sistema de alerta de la CIA, tras el telón de acero.

—Si eso ocurre, mucha gente caerá y quedaremos como desnudos frente a las potencias del Este. Hay que impedirlo a toda costa. El FBI pone todos sus medios a su alcance, Young.

—¿Sin reparar en gastos, jefe?

—Sin reparar en gastos, pero es mejor que no gaste mucho. Usted es un agente bueno, el mejor, pero no un millonario.

—Jefe, he estado estudiando el asunto a fondo y el no logro encontrar los microfilmes en el plazo de veinticuatro horas, tendré que viajar.

—¿Adónde?

—Aún no lo sé, pero temo que una vuelta alrededor del mundo.

—¿Qué se trae entre manas; Young?

—Verá, jefe, Don H. Kenneth no está solo. Tiene una serie de personajes a su alrededor especializados en los más diversos temas para que todos los negocios le salgan bien.

—¿Agentes comunistas?

—No, jefe. Ni Kenneth ni ninguno de sus hombres son comunistas, de eso estoy seguro.

—Explíquese mejor —apremió.

—Ellos no tienen más doctrina que el dios oro, sea en dólares, libras, marcos o cualquier otra moneda que tenga un curso legal y con la que pueda comprarse oro.

—¿Quiere decir que ese Kenneth es un chantajista?

—Sí y un oportunista. Mi visión del caso, jefe —dijo mientras trataba de comer el arroz que acababan de servirle con los largos palillos— es que la mujer a la que Norman amaba en Berlín no fue raptada por los comunistas, ni su hijo tampoco.

—¿Por quién entonces, acaso por Kenneth?

—Sí. Ese tipo debe pagar bien a quién le facilite noticias, sean de la clase que sean. Se enteró de la presencia en Berlín-Este de una mujer y un niño, seres queridos de un agente especial de la CIA. Envío a un par de hombres allá y los hizo raptar. Luego, le haría creer a Norman J. Preesley que su amor y el chico estaban en manos de los soviets, lo cual no era cierto.

—¿Y por qué hacerle creer todo ese cuento?

—Para que cogiera miedo. Preesley sabría mejor que nadie cómo las gastaban al otro lado del telón de acero.

—Y una vez consiguió asustar y dominar a Preesley, lo hizo matar. ¿Por qué, si podía seguir obteniendo más información de él?

—Kenneth no es tonto y quizá los cerebros grises que trabajan para él le aconsejaron que se deshiciera de Preesley. Este, una vez cometida su traición, exigiría la devolución de la chica y su hijo y a ellos les quedaban dos soluciones: cumplir el trato trayendo a Norteamérica a la alemana y al chico o seguir reteniéndolos lo que

obligaría a Preesley, al fin y al cabo hombre de acción, a atacar convirtiéndose en un peligro.

—De modo que, opina que se conformaron con los datos obtenidos.

—Sí. Son muy valiosos, quizá sacaron más de lo que ellos mismos esperaban.

—Bien. Si son norteamericanos y no tienen filiación comunista, ¿qué piensan hacer con esa información?

—Venderla al mejor postor, esa es mi opinión. Para ello, utilizarán todos sus medios y los secuaces de que dispongan.

—Su teoría parece buena Young, pero también complicada. Si Kenneth trata de ponerse en contacto con la CIA para venderle la información que le ha robado, corre el riesgo de ser arrestado inmediatamente, y si se presenta en la embajada rusa complicará las cosas. Quedará fichado por nuestro departamento y es posible que los soviets empleen métodos poco gratos para Kenneth, con tal de obtener esa información sin desembolsar un solo rublo.

—Creo, jefe que Kenneth tiene otros planes.

—¿Los conoce o solo los supone?

—Digamos que los intuyo.

—Veamos cuáles son. Quiero estar al corriente de todo por si le matan. He de saber en qué lugar está la investigación para que otro agente la prosiga.

—Gracias, jefe —agradeció Jack, sarcástico. Luego, dijo—: Kenneth y su pandilla buscarán un país neutral. Ellos no son tan imbéciles como para dirigirse a las embajadas de Washington, la ONU o los consulados neoyorkinos.

—¿Está seguro de que piensan salir de los Estados Unidos?

—Sí, y no les pongan trabas. Es preferible hacerles creer que todo va bien.

—Si los dejamos salir, para quienes no van a ir bien las cosas será para nosotros.

—No sea pesimista, jefe. Kenneth no dará la información de los microfilmes hasta que le aseguren el pago de lo que pida. Ello me proporciona un margen de tiempo.

—¿Quiere decir que hallará los microfilmes en esa espacio de tiempo?

—Eso confío. Será difícil, pero estoy seguro de que llevarán

consigo los microfilmes.

—¿Cómo ha obtenido tanta información?

—Por simple lógica, jefe. El primer premio del concurso “Miss Eva Tío Sam” es un viaje alrededor del mundo y estoy convencido de que acompañarán a la ganadora, Kenneth, Pamela Adams, su *public relations*, Sterling su cerebro gris, y Foornell, el director-gerente del Star Hotel. Oficialmente, la gira sirve como publicidad positiva para el hotel, pero lo que harán es viajar en busca de comprador.

—¿Y usted desea arriesgarse estando seguro de que llevarán la valiosa pero diminuta mercancía consigo?

—Sí. “Miss Eva Tío Sam” es el pretexto para salir del país y visitar incluso Moscú, donde pueden hacer el trato si les conviene.

—Eso es muy peligroso, Young. Podemos perderlo todo.

—Jefe, si Kenneth se queda en los Estados Unidos y decide esconder bien los microfilmes jamás los encontraríamos. En cambio, si se va de viaje, el espacio para buscar se reduce a unas maletas, un equipaje, unos trajes...

—Me está pareciendo bien la idea, claro que el departamento podría cooperar y antes de que aborden el avión, si es que marchan por el aire, haríamos correr el rumor en el aeropuerto de que existe la posibilidad de un tráfico de drogas.

—Comprendo. Tendrían un motivo justificado para registrar minuciosamente a todos los que abordan el avión, equipajes incluidos.

—De este modo le facilitaríamos el trabajo, pues ya sabría donde no tiene que buscar.

—Ahorrarme trabajo siempre es una excelente idea.

—Claro que hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—¿Tan seguro está de que Kenneth viajará antes de vender sus microfilmes?

—De eso me ocuparé yo.

—¿Cómo?

—Poniéndole un poco nervioso.

—¿De qué forma?

—Ya lo sabrá, jefe. Lo que tiene que hacer usted es prepararme un cheque de viajeros.

—¿Y qué más?

—Un pasaporte en regla y los permisos suficientes para visitar los países del otro lado del telón.

—¿Cómo agente federal? —preguntó Spell mordaz.

—No, me basta con ingeniero agrónomo. Pienso realizar un estudio metódico y minucioso del área elíptica de los granos de trigo en todo el mundo, especialmente la URSS.

—Con que el área elíptica de los granos de trigo, ¿eh? Espero que no se tropiece con ningún entendido en el tema y se meta en líos.

—Saldré adelante, jefe. No creo que nadie se interese en esa materia.

—Eso espero yo también. Lo tendrá todo preparado en el aeropuerto, pero si piensa hacerse pasar por un científico, ponga un poco más cara de intelectual o le van a tomar por lo que es.

—¿Y qué soy, jefe?

—Un cínico.

Minutos más tarde, Jack Young Side introducía un par de níqueles en un aparato telefónico público situado en una de las callejas del Chinatown. Escuchó la señal de llamada y aguardó.

—¿Quién es? —inquirió una voz masculina, al parecer de mal talante.

—Que se ponga Kenneth —exigió lacónico.

—Oiga, amigo, sino dice su nombre, cuelgue y así ambos no perderemos el tiempo.

Jack recordó aquella voz, la había oído antes. Era un perfecto fisonomista, adiestrado convenientemente en la escuela de Quántico y también un perfecto memorizador de fonéticas. El tono desfiguraba algo la voz, pero no lo suficiente.

Buscó rápidamente en su mente y recordó a uno de los tipos que viera la noche del Star Hotel.

—Vamos, Sterling, no se ponga pesado. Seguro que el patrón quiere hablar conmigo.

—¿De qué me conoce?

—Quiero hablar con Kenneth, no con usted —dijo Jack.

Ponía en su voz un claro siseo que pudiera confundirle con un hispanoamericano.

Hubo un silencio, pero Jack siguió con el auricular pegado a la

oreja. Estaba seguro de que no habían colgado. Se dijo que Sterling Lane estaría consultando con su jefe.

Al fin escuchó la voz del grueso y alto irlandés.

—¿Quién está ahí, de qué clase de juego se trata?

—El juego comenzó hace varios días, Kenneth, pero ayer resultó bastante movido.

—No me gusta hablar con desconocidos.

—Creo que pronto nos conoceremos bien. Por cierto, no he visto en los periódicos la noticia de la muerte de un mugriento barbudo frente a las puertas de su lujoso hotel tras precipitarse desde una de sus terrazas.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Supongo que han pagado bien a la Prensa para que no publique esa noticia, nociva para la publicidad de su lujoso hotel.

—Insisto, ¿qué sabe de eso?

—¿No le ha dicho nada el matón que han debido encontrar esta mañana en la sección de lavandería con un par de calcetines, en la boca?

—De modo que tú eres el portorriqueño que se quiere pasar de listo, ¿eh?

Jack Young Sido rio para sufrir más efecto y al mismo tiempo pensando en la cara de susto que pondría Kenneth cuando escuchara lo que iba a decirle.

—No quiero pasarme de listo, Kenneth, solo quiero mi parte en el negocio.

—¿Tu parte en el negocio, qué negocio?

—Ese par de microfilmes que tiene usted bien guardados.

—Ignoro de qué hablas.

—Lo sabe bien, Kenneth y por silenciar mi boca solo pido quinientos mil dólares. ¿Ha oído bien?

Hubo un breve silencio al otro lado del hilo. Don H. Kenneth debía estar congestionado por la noticia. Al fin respondió con una exclamación.

—¿Está loco?

—Lo estaría sino quisiera tener mi parte en el negocio. Usted va a sacar mucho más, tendrá de sobras, yo solo pido medio millón.

—Está bien, venga a mí casa y hablaremos.

—Ni lo sueñe, señor Kenneth. No soy tan estúpida ¿Cree que va

a hacerme desaparecer dentro de una caldera de calefacción como a Hanter? No, claro que no. No me verá usted. Pagaré y todo se hará a mí modo, no correré ningún riesgo.

—¿Y si no pago?

—Entonces, enviaré una nota a la CIA y ellos ya salían qué hacer.

—¿Quién se lo ha contado todo?

Para inquietar aún más al irlandés, repuso cínico:

—No sea excesivamente confiado con sus hombres, Kenneth. A veces resulta peligroso. Ahora, vaya reuniendo sus billetes. Dentro de veinticuatro horas le explicaré dónde y cómo podrá pagar mi silencio.

Sin dejarle añadir ni una sola palabra, colgó el auricular.

CAPÍTULO VII

Don H. Kenneth pulsó un botón y se levantó un grueso cristal que surgió del interior del asiento delantero del lujoso “Cadillac”, aislándolos del uniformado chofer.

—Ese portorriqueño es una amenaza para nosotros —gruñó Lane, sentado a su lado.

—No es necesario que lo repitas —asintió Kenneth—. Lo que no sé es quién le ha podido informar tan bien.

—Quizá Hanter era su cómplice, por eso quiso salvarlo cuando iban a eliminarlo.

—¿Y por qué lo mató desde lo alto del hotel?

—Quizá no lo mató.

—¿Un accidente?

—Podría ser un accidente en la huida.

—No me parece probable.

—¿Por qué?

—Sterling, pon en funcionamiento tu sesera. El Chivo sabía que Norman J. Preesley era un agente del gobierno, pero no qué clase de mercancía me entregó.

—Entonces, ¿se inclina, a creer que hay un traidor entre sus hombres?

—No es una idea descabellada. Siempre ha habido traidores en todas partes —masculló Kenneth mientras el “Cadillac” se detenía para pagar los cincuenta centavos de peaje por cruzar el puente de la Tercera Avenida sobre el East River.

—No soy de esa opinión, Kenneth.

—Dame una razón para que deje de sospechar de todos, incluso de ti.

Sterling Lane miró a Kenneth de reojo. Vio que estaba de muy mal humor. En aquellas circunstancias, Kenneth era un tipo peligroso. Podía pegar con sus puños hasta marcar al que se le pusiera delante.

—Pues que si fuera uno de nosotros sabría exactamente en qué

lugar se hallan los microfilmes y trataría de apoderarse de ellos.

—Quizá el portorriqueño no sepa todavía dónde se encuentran o sea un tipo astuto que solo pretende ganar medio millón con sus manos limpias, cobrando y desapareciendo sin correr ninguna clase de riesgo. Si atrapan a alguien, será a nosotros.

—Por eso digo que lo mejor es eliminarlo.

—¿Cómo?

—Podemos seguir sus indicaciones. En un momento dado resbalará y lo atraparemos.

—Y mientras, yo arriesgo medio millón, ¿no?

—Creo que si obramos a tiempo no perderemos su dinero, Kenneth.

—No me fío. Me da la impresión de estar rozando el cebo de una gran trampa.

—Si no piensa seguir las indicaciones de ese tipo, corremos el peligro de que nos denuncie a la CIA.

—No es probable que encontraran los microfilmes para poder meternos en la cárcel.

—Pero, lo perderíamos todo.

—No creo que el tipo ese se arriesgue a perder también su utópica parte en el negocio.

—Sin embargo, cuando pasen las veinticuatro horas se pondrá nervioso.

—Es posible, pero nosotros ya estaremos lejos de aquí.

—¿Ha cambiado los planes?

—Sí. Lo que se impone ahora es viajar, cuanto más aprisa, mejor. No pienso darle medio millón a ese puerco ni tenemos tiempo para tratar de cazarlo. Hay que efectuar la operación antes de que él haga el idiota y envíe su nota a la CIA. Cuando esta reaccione, ya será tarde.

—Pero si los soviets compran la mercancía y pagan en efectivo, la CIA preguntará de dónde hemos sacado ese dinero y vamos a pasarlo todos mal.

—Ya veremos de que el dinero entre en los Estados Unidos por otro conducto o mejor lo ingresamos en la cuenta de un Banco suizo. Sino hay microfilmes ni dinero, la CIA, no podrá ponernos las manos encima aunque el portorriqueño ese lo haya soplado todo.

—A veces, Kenneth pienso para qué sirve mi materia gris si

todo lo soluciona por sí mismo.

—Sirve para cuando tengo momentos de duda.

—O. K. —admitió resignado—. Si por mí fuera, nos quedaríamos en Nueva York hasta silenciar la boca de ese sujeto y luego habría camino libre.

—No te las prometas tan felices, Sterling. Piensa que el portorriqueño parece más listo que el barbudo y también pega más duro que él.

—¿Qué quiere decir?

—Que podría venirte con el cuento de que si lo matamos, la nota de la CIA llegará lo mismo porque tiene una tía o un amigo de ignorado paradero que se encargaría de echar la carta al correo si a determinada hora no ha llamado a cierto número de teléfono.

—Sí, es cierto, existe la posibilidad, pero debemos arriesgarnos.

—No. Cuando lleguemos al hotel da las órdenes oportunas para que los muchachos vigilen por si el tipo ese nos está controlando. Que también revisen los almacenes que tenemos delante del hotel y las cafeterías cercanas; puede estar esperando en una de ellas.

—¿Y si dan con él?

—¿Si dan con él? —sonrió ampliamente—. Que lo maten antes de que tenga tiempo de abrir la boca. Le daré una prima especial al que lo consiga.

—O. K. Los muchachos se van a poner contentos al vislumbrar la forma de ganar una prima, después de los fracasos de la última noche.

* * *

—Por favor, muchachos, ya le han hecho suficientes fotografías y entrevistas. “Miss Eva Tío Sam” está fatigada.

Nora Power sonrió a los reporteros gráficos que se agolpaban a la puerta de su habitación del hotel tratando de entrar, pues no estaban satisfechos con las entrevistas obtenidas en la sala de Prensa del hotel.

—¡Que se ponga el bikini y la sacaremos en primera página y a todo color! —propuso uno de los impacientes reporteros.

—Vamos, fuera, ya tenéis demasiadas fotografías y a cual mejor

—replicó Pamela Adams, consiguiendo controlar a los reporteros gráficos, cuyos ojos bailaban ante la esplendorosa belleza de Nora Power—. ¡Al fin! —suspiró Pamela—. Son unos pesados, no hay para tanto —rezongó un tanto malhumorada, sin poder disimular totalmente la envidia que sentía por la belleza y juventud de Nora Power.

—La verdad es que estoy cansada. Me duele junto a la ingle.

—¿Cómo? —inquirió Pamela.

—Sí, aquí. —Presionó un par de pulgadas por encima de su ingle derecha.

—A ver, déjame mirar.

—No, no es necesario.

—Déjame —insistió Pamela—. Tengo el título de comadrona y actué como tal cuando tenía unos años menos.

—Bueno, pero yo no voy a tener ningún niño por ahora y me agradaría quedarme a solas para descansar.

Viendo que Nora Power no estaba dispuesta a dejarse observar, Pamela Adams profirió un ligero gruñido y dijo:

—Está bien, pero si te duele más avisa.

—¿Por qué tanta preocupación, sino tiene importancia?

—Mira, Nora, tú eres la “vedette” en nuestra publicidad. Has sido nombrada “Miss Eva Tío Sam”, te han dado mil dólares.

—Lo que no es mucho.

—Pero el abrigo de visón es caro.

—Sí, lo admito, sin embargo...

Pamela no la dejó terminar.

—Y ahora viene el viaje alrededor del mundo. Eso cuesta mucho dinero.

—Sí, es caro, pero no tanto.

—Sí lo es cuando se lleva un séquito como el tuyo, pequeña.

—Creí que sería un auténtico viaje de placer para mí.

—Bueno, será un viaje de placer para ti pero te acompañaremos para hacer la correspondiente publicidad a nuestro hotel en todas las naciones que pisemos. Habiendo sido elegida como una mujer perfecta, la norteamericana más guapa del año, no quedaríamos muy bien si enfermaras. Todo nuestro sistema de publicidad, que tanto dinero ha costado, se vendría abajo.

—¿Tan importante soy?

—Sí, mucho.

—Eso me halaga. Nunca me he considerado importante.

—Pues ahora representas mucho para nosotros —dijo Pamela con más firmeza que suavidad—. Por ello comprenderás nuestro deseo de curarte si es que te encuentras mal. Si te ocurre algo malo, debes contárnoslo enseguida.

Nora Power estuvo a punto de decir lo confundida que se hallaba su mente tras cuatro días en blanco, de los cuales no conseguía recordar nada. Más, solo dijo:

—Bueno, si su atención fuera dirigida a mí exclusivamente, se lo agradecería, pero como lo que ustedes vigilan es ni más ni menos que su *spot* publicitario, su cartel de anuncio aunque sea de carne y hueso, no puedo agradecerse; lo siento.

Pamela Adams apretó los labios, molesta, pensando que había patinado ligeramente, que la chica no era tan tonta como creyeran.

—De acuerdo. Ve preparando tus maletas, salimos esta tarde por el aeropuerto Kennedy.

—¿Cómo, esta tarde mismo?

—Sí. Según las reglas que aceptaste cuando te convertiste en “Miss Eva Tío Sam” estabas dispuesta a partir de viaje en el instante que la empresa del hotel decidiera.

—Si no tengo otra alternativa...

—No deberías lamentarlo, Nora. Será un viaje maravilloso.

—¿Cuál es la ciudad que vamos a visitar primero? —Berlín.

—¿Un avión directo a Berlín?

—No, en realidad un avión directo a Berlín, pero vía Londres. Es en el único que hemos logrado hallar acomodo todos los que vamos a ir contigo.

—¿Usted también?

—Sí, por supuesto. Hemos de asistir a diversas recepciones y seremos varios quienes te acompañemos, entre ellos el propietario del hotel y patrocinador de “Miss Eva Tío Sam”.

—¿Don H. Kenneth?

—Sí.

—Bien, entonces no les haré demorar el viaje. Estaré dispuesta para cuando indiquen.

Pamela Adams abandonó la habitación cerrando la puerta. De la pequeña salita, Nora Power pasó a la alcoba y a punto estuvo de

lanzar una exclamación al descubrir a un hombre cómodamente tumbado en su lecho.

—No grites, querida, podrían descubrirme.

—Jack, ¿qué haces aquí? ¿No ves que si te descubren te llevarán a la cárcel?

El estiró sus brazos hacia la fémina que había avanzado en dirección a la cama y tiró de ella, abrazándola contra su cuerpo.

—Con que te largas sin avisarme, ¿eh, bandida?

—¿Lo has oído todo? —ronroneó ella dejando que Jack acariciara una y otra vez sus labios con su boca.

—Sí, y de veras, no quiero perderte.

—¿Tanto te gusto?

—¿Y a quién no le gusta un bombón como tú, que es el mejor entre los mejores?

Con paso rápido, vestido con una chaqueta de sport, recorrió los amplios corredores de la terminal del aeropuerto Kennedy. Se enfrentó con una puerta en la que un rótulo rezaba: “PRIVATE FBI”.

Empuñó el pomo con firmeza. Lo giró y penetró en el departamento enfrentándose con un hombre de aspecto grave que le escrutó a través de unos cristales montados al aire en fino acero.

—¿Jack Young Side?

—Sí, aquí tiene mi documentación.

Young mostró al jefe del departamento federal adscrito al aeropuerto su carnet e insignia.

—Bien, aquí tiene su falso pasaporte con su nombre real, los permisos consiguientes por si desea pasar el otro lado del telón de acero, un par de invitaciones para visitar los silos estatales, tanto de Alemania Oriental como de la URSS. No le voy a ocultar que todo esto ha costado de conseguir y que es mejor que no vaya a visitar esos silos.

¿Son centros secretos?

—No. A los soviets no les importa colaborar con los científicos de nuestro país en cuanto a vegetales se refiere. Recibirían gustosos su visita, pero se percatarían de que no es usted ingeniero agrónomo y que, por el contrario, es un agente del FBI. Tendría muchos problemas y nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores también para rescatarle.

—Descuide, no me meteré en líos.

—Bien, aquí tiene el billete para ir a Berlín en el mismo vuelo que “Miss Eva Tío Sam”. —Sonriendo levemente, comentó—: Es usted joven. Esperemos que no pierda sus ojos tras la bella Nora Power.

—A veces, si se deja llevar uno por su intuición, obtiene resultados rápidos.

—No creo que ese sistema se lo enseñaran en Quántico —objetó reprobador.

—No, por supuesto, allí enseñan método y paciencia, pero a veces no se dispone de tiempo. Por cierto, ¿tiene mi cheque de viajeros?

—Sí, está junto con el pasaporte.

—Ah sí, ya veo. Creo que será mejor que me apresure, podría perder el vuelo.

—No es necesario que se dé prisa. Tengo orden de efectuar un minucioso registro de cuantos van a abordar ese avión y de todo el equipaje.

—Perfecto.

—Usted, como es lógico, tampoco escapará a ese registro.

—Comprendo y protestaré un poco para dar más sensación de realidad.

—Correcto pero no se extralimite. Solo yo voy a saber que es usted un agente federal y alguno de los policías aduaneros podría mostrarse algo duro con usted.

—Bueno, no me molestaré por ello. Tampoco me interesa hacerme ver demasiado.

—Ahora, tome este maletín.

—¿Un maletín? ¿Qué hay dentro?

—Lo ignoro, me lo han traído aquí para que se lo entregue a usted.

Jack, intrigado, abrió el maletín de unos cuarenta centímetros por veinte de ancho. Sonrió.

—El jefe piensa en todo.

Al ver el contenido del maletín, el inspector del aeropuerto observó:

—Un microscopio, dos micrómetros, unos pequeños bisturíes, botellas de disolución y colorantes. Todo un equipo portátil para un ingeniero agrónomo.

—Sí, especialmente si desea averiguar el área elíptica de los granos de trigo.

El inspector pareció preocupado tras sus gafas de cristal claro.

—¿Y eso para qué sirve?

—En líneas vulgares, para conocer lo gordo que es un grano de trigo pero queda mucho mejor como lo digo yo.

—Ah, sí, desde luego. Ahora solo le faltan unas gafas grandes para parecer mejor un científico algo chalado.

—No he descuidado ese detalle, inspector. —Del bolsillo de la chaqueta sacó unos lentes de montura gruesa y negra que montó sobre sus orejas.

—Perfecto. Ahora, procure que no le raptan los soviets pensando que lleva escondido algún secreto atómico en el maletín.

—Por Dios, inspector, los secretos atómicos hoy en día están pasados de moda. Ni a Mao le hacen falta planos para construir un petardo-seta, lo único que se necesita para tener una bomba es dinero para pagarla, nada más. Hay cosas más importantes que defender.

—¿Cómo qué?

—La red de seguridad que nuestro gobierno tiene al otro lado del telón de acero.

—Sí, creo que está en lo cierto. —Le tendió la mano y al tiempo que se la estrechaba deseó—: Buena suerte en su misión, agente Young.

Con las gafas dándole un aire de intelectual algo despistado y el maletín en la mano, Jack pasó a la sala de viajeros destino Europa.

Allí estaba Nora Power dejándose fotografiar por los reporteros antes de su partida. Pamela Adams estaba cerca de ella y por poco que podía, con más o menos disimulo, se colocaba ante las cámaras.

Los *flashes* relampagueaban una y otra vez. Nora pese al calor reinante, llevaba puesto el abrigo de visón. Su frente comenzaba a brillar a causa del calor que sentía dentro de su cuerpo. El visón, además de ser bello, calentaba lo suyo.

—Ahora, una con el abrigo abierto —pidió uno de los periodistas.

Don H. Kenneth chasqueó sus dedos. Pamela Adams captó la orden y se puso delante de Nora con los brazos abiertos, diciendo:

—Se terminó, muchachos, ya han gastado suficientes placas.

—Atención, atención, los señores pasajeros con destino al vuelo ochocientos seis, Berlín vía Londres, que sale a las dieciocho horas, hagan el favor de pasar a la puerta “Z”...

La locutora del aeropuerto repitió la llamada en varios idiomas y todos desfilaron hacia la puerta indicada.

—Hola encanto.

Al notarse cogida por el brazo desnudo, pues ya se tenía despojado del caluroso visón, Nora se volvió sorprendida.

Al reconocer al hombre exclamó:

—¡Jack!

—El mismo que viste y calza, querida.

—Pero, ¿qué haces aquí?

—Acompañarte a Berlín. Soy ingeniero agrónomo y amigo tuyo de la infancia, no vayas a olvidarlo —le dijo sonriendo abiertamente.

—¿Qué te traes entre manos, Jack? ¿Piensas piratear el avión y dirigirlo a Cuba o acaso te atraen las joyas de alguna de las pasajeras multimillonarias?

—¿Sigues considerándome un ladrón de alta esfera?

—¿Qué eres, sino? Yo no tengo miedo, porque aparte del visón no poseo nada que puedas hurtarme.

—¿Estás segura? —preguntó pícaramente.

—Jack, eres un cínico, pero no sé por qué te quiero. Dicen que una mujer tonta es capaz de enamorarse de un diablo.

—¿Y tú te consideras tonta?

—No sé si soy tonta, pero de lo que sí estoy segura es de que tú eres un demonio. Lo malo es que...

—¿Qué? —preguntó él ante su interrupción.

—Que no pareces un hombre estable.

—¿A qué te refieres?

—Que no te veo formando un hogar.

—¿Y tener niños después?

—Exacto.

—Bueno, nunca lo he pensado, pero...

—¿Te parece una idea descabellada?

—No, diría que en cierto modo ha de ser agradable. Hay muchos en mi profesión que están casados, tienen hijos y viven

felices.

—¡No puedo creerlo!

—Mientras sigas teniendo tan mala opinión de mí, yo tampoco lo creo.

Jack Young no era el hombre despreocupado que semejaba absorto en una conversación trivial con la hermosa “Miss Eva Tío Sam”. Vigilaba de reojo a Kenneth y a los componentes de su pandilla. Dos de los matones, Tony y Grego, caramente vestidos pese a sus ademanes, el frío y cínico Foornell, el cerebro Sterling Larie y Pamela Adams que era la encargada de manejar a Nora Power y a los periodistas.

No le extrañó que Foornell, acompañado de Tony, se interpusiera en su camino.

—Señorita Power, vaya con Pamela y usted deje de molestar a la señorita. La rueda de Prensa ha terminado y la señorita está cansada.

Jack sonrió abiertamente como lo habría hecho un estudiante jovial y despreocupado. No era aquel el momento de enfrentarse a aquellos criminales sin conciencia.

—Si no soy ningún reportero, soy amigo de la infancia de Nora. La casualidad ha hecho que viajemos juntos.

La mirada de Foornell se ensombreció. Luego, se clavó en la muchacha. Esta asintió:

—Es cierto, se trata de mí amigo Jack, ingeniero agrónomo y va a Berlín, como nosotros. Estoy muy contenta de que me acompañe. A lo mejor consigo que se me declare.

—No obstante, será preferible que...

Foornell no pudo terminar su frase. Un fuerte murmullo se alzó en el aire, síntoma de que algo anormal sucedía.

Las puertas se cerraron y en cada una de ellas aparecieron dos policías aduaneros uniformados custodiándolas. Frente a una de ellas quedó el inspector federal con el que Jack Young hablara poco antes.

—Señores pasajeros, disculpen un instante. —Los murmullos se silenciaron y todos observaron al inspector federal, todos excepto Young que escrutó los rostros de Kenneth, Lane y Foornell. Los tres habían palidecido ligeramente.

—¿Es que no vamos a marchar ahora, ha sucedido algo malo?

—inquirió un quisquilloso anciano apoyado en su bastón.

—El vuelo hacia Berlín se retrasará un poco hasta que hayamos efectuado un minucioso registro en sus personas y equipajes. Ordenadamente, irán pasando de dos en dos, las mujeres por la puerta de la derecha y los varones por la izquierda. Los equipajes no han sido cargados todavía en el aparato, de modo que lleven las llaves encima para abrir las maletas en cuanto se les indique. La buena disposición de ustedes y la diligencia con que actúen acortará el tiempo de demora en el avión destino Berlín vía Londres.

—Pero, ¿por qué van a registrarnos ahora? Estamos saliendo del país, no entrando —protestó impetuoso Kenneth.

El inspector federal respondió paciente:

—Hemos sido avisados de que en este vuelo se trata de pasar un alijo de drogas. Como miembros de la Interpol, debemos cortar todo tráfico de estupefacientes. —Sonriendo, como haciendo un chiste, agregó—: Por supuesto, si alguien trata de sacar algo ilegalmente del país, también lo arrestaremos. Espero que nadie lleve armas encima. Están prohibidas en los vuelos internacionales. Hay demasiados secuestros de aviones en vuelo y no queremos que ustedes, en vez de ir a Berlín, se dirijan a Cuba.

Kenneth apretó las mandíbulas, más tenía que someterse y lo sabía. Todas las puertas estaban vigiladas, no había escapatoria posible.

Mientras los primeros pasajeros del “Boeing” pasaran por las puertas señaladas para el registro oficial, los demás se acomodaron en los amplios butacones de la sala donde permanecían confinados hasta el término del registro.

Nora Power y Jack quedaron sentados frente a una hilera de butacas en las que se hallaban Kenneth y sus secuaces. Jack, con aire preocupado, abrió su maletín.

—Espero que no me pongan trabas para pasar mi microscopio. El gobierno me ha concedido una beca para realizar mis investigaciones alrededor de todo el mundo.

Foornell lo miró con aire de pesadez. La presencia del microscopio le había convencido y ya había comenzado a subestimar a Jack Young Side.

—Nora —dijo Young en voz alta— no comprendo cómo hay gente que pueda utilizar drogas.

—¿Ah, no? —inquirió ella burlona, dispuesta a seguirle la corriente sin saber lo que el hombre se proponía.

—No. Una vez hice el estudio de los alcaloides derivados del *opitem thebaicum* y te aseguro que sus consecuencias eran francamente repugnantes.

—Sí, yo también opino eso —aceptó la joven.

Mientras hablaba, Jack pudo darse cuenta, con la sagacidad y perspicacia que le era común, como los hombres de Kenneth, disimuladamente escondían sus respectivas pistolas entre los mullidos asientos de las butacas.

El tiempo fue transcurriendo, y los registros se sucedieron. Jack pasó junto con Foornell y se dejó registrar lo mismo que este, pidiendo casi con exageración que tuvieran mucho cuidado con el microscopio que era de precisión. Consiguió meterle a Foornell en la cabeza que era, en efecto, un joven investigador.

Tal como iban saliendo del registro, fueron trasladándose al aparato.

Cuando Nora Power ya estaba sentada junto a la ventanilla, Pamela Adams aún no había salido de la inspección.

Foornell quiso adelantarse a Jack Young al subir al aparato, pero como si fuera accidentalmente, este le propinó un golpe en la rodilla con el maletín. Foornell acusó el golpe con un par de maldiciones.

—Disculpe. Dios quiera que no se haya roto el microscopio, es tan delicado...

—¡También mi rodilla es delicada!

—Oh, sí, claro, pero el microscopio...

Y se apresuró a subir por la escalerilla acomodándose junto a Nora. Tras él, casi corriendo y con cara de pocos amigos, llegó Foornell.

—¡Oiga, ese sitio me corresponde a mí!

Jack se ajustó las gafas como para verlo mejor y preguntó sorprendido:

—¿Por qué?

—Porque la señorita viaja conmigo, ¿está claro?

—No.

Nora intervino:

—Viajamos juntos, pero ello no quiere decir que tengamos que

estar juntos en todas partes. No creo que nadie me ataque y menos un amigo de la infancia.

—Es que...

Jack no le dejó proseguir.

—Lo siento, pero en los billetes de avión no hay numeración de asientos. Cada cual se acomoda donde puede según el orden de entrada. Es lo establecido en los artículos.

—¡Al diablo con los artículos!

Malhumorado, Foornell se sentó tras ellos.

Cuando llegaron Kenneth y Lane, observaron a Jack ceñudos, más no objetaron nada. En cambio sí lo hizo Pamela Adams sonriendo.

—¿No le importaría que yo viajara con la señorita?

Vamos juntas y las mujeres siempre tenemos cosas que hablar.

—Lo lamento, yo también tengo cosas que hablar con Nora. A lo mejor, a nueve mil metros de altura, me atrevo a pedirle en matrimonio. —Y fingió esponjarse de gusto.

Pamela Adams apretó sus labios finos y débilmente coloreados. Al tiempo que se alejaba en busca de otro asiento espetó por lo bajo.

—Estúpido...

—¡Atención señores pasajeros, apaguen los cigarrillos y ajústense los cinturones, vamos a despegar!

A los quince minutos de vuelo, cuando el “Boeing” había alcanzado la altura y velocidad de crucero, se encendieron los cigarrillos y se soltaron los cinturones. Dos azafatas pasaron repartiendo bebidas y postales pertenecientes a las líneas aéreas en que viajaban.

Jack no tardó en comprobar que la tarjeta que le entregaban a él estaba escrita por el reverso con una clave especial y rutinaria empleada por los alumnos de Quántico.

Se sonrió y comenzó a leer lo que solo él, entre todos los viajeros a bordo del “Boeing” estaba capacitado para traducir:

“Nadie está armado y no hemos encontrado lo que buscábamos. Viajero llamado Foornell ha cableografiado a Londres pidiendo a un tal Smith de Fulton Street que lleve cuatro *sándwiches* especiales. Suerte”.

—Parece que tu postal está escrita —observó Nora a su lado.

—Sí, es que un amigo me ha querido gastar una broma de última hora.

—¿Y qué te ha puesto? Yo no entiendo nada.

En voz baja, Young respondió:

—Es una clave que empleábamos en la calle de pequeños.

—¿Y qué dice o es secreto? —insistió ella.

—Bueno, te ruborizarías si te la leyera.

—¿Por qué?

—Me cuenta lo que haría contigo si estuvieras a solas con él.

Ella carraspeó. Mirándole irónica añadió:

—Creo que eso no hace falta que te lo expliquen.

En aquel instante, el “Boeing” efectuó un movimiento brusco y el abrigo de visón, situado en el portaequipajes, resbaló cayendo sobre Jack. Nora rio.

—Diablos, será mejor que no lo pongamos arriba —masculló Jack mientras todos le observaban. Fingió azararse.

—Bueno, lo llevaré sobre la falda, no creo que aquí se ensucie —dijo la muchacha.

—Ni yo tampoco —dijo él.

Estiró el abrigo sobre sus rodillas y comenzó a palparlo disimulada y detenidamente. Sus dedos buscaron pulgada a pulgada por entre el forro en busca de los microfilmes.

—¿Qué haces, Jack? —preguntó ella en voz baja—. No pensarás robarme el visón, ¿verdad?

—Disimula, cariño. Haz como si estuviéramos jugando y no hagas más preguntas.

CAPÍTULO IX

El comandante del “Boeing” internacional transoceánico solicitó autorización a la torre de control del aeropuerto de Gatwick para aterrizar y efectuar escala técnica, aunque también había varios pasajeros cuyo viaje finalizaba en la capital del Reino Unido.

—Apaguen los cigarrillos y abróchense los cinturones, por favor —pidió la azafata—. Estamos descendiendo sobre Londres.

Jack se inclinó sobre Nora para colocarle el cinturón y ella dio un ligero respingo.

—¿Te he hecho daño?

—No sé qué me pasa, tengo ligeras molestias. Quizá sea de tantas horas de estar sentada.

—¿Molestias, dónde?

—Bah, no tiene importancia.

—Pero no me dices dónde las tienes.

—En el lugar de la apéndice.

Jack quedó pensativo unos momentos. Después, dijo:

—Creo recordar que tú ya estabas operada de apendicitis. Te vi la cicatriz en, el pase que hiciste en bikini.

Y añadió:

—¿Te sientes mejor? —mientras terminó de colocar su propio cinturón.

—Jack...

—¿Qué?

—¿Por qué has registrado mi abrigo minuciosamente? Hace horas que estoy esperando que me lo cuentes.

—Ahora no, querida. Es posible que lo haga cuando llegemos a Berlín.

—¿A Berlín, por qué?

—No seas impaciente y mira hacia abajo. Verás Londres de madrugada.

El “Boeing” descendió entre la doble hilera de dulces ambarinas que rasgaban la tenue niebla que se había alzado sobre el

aeropuerto de Gatwick.

Las ruedas del reactor establecieron contacto con la pista cementada y el aparato disminuyó su velocidad hasta detenerse.

Un tractor se situó delante del morro y le enganchó un cable. Tiró de él sacándolo de la pista y aproximándolo a la estación terminal mientras un autobús arribaba junto al “Boeing” dispuesto a recoger a los pasajeros.

—Señores viajeros, estamos en el aeropuerto de Gatwick. El aparato hará veinte minutos de parada. Pueden pasar a los restaurantes y cafeterías de la estación terminal. Cinco minutos antes de la partida los autobuses pasarán a recogerles. A los que terminan aquí su viaje, gracias por haber volado con nosotros.

Todo el mundo se puso en pie para dirigirse a la salida.

Pamela Adams se situó junto a Nora. Lo suficiente alto para que Young la oyera, dijo:

—Ven conmigo, tengo que darte unas instrucciones para cuando lleguemos a Berlín, ya que el moscón del sabio no te deja tranquila.

—Creo que no debo hacerme pesado y los científicos solemos serlo un poco —se excusó Jack.

Halló una fría sonrisa en el rostro de la madura Pamela Adams que no lograba ocultar la envidia que sentía hacia Nora, no solo por su belleza sino también por acaparar la atención del hombre más atractivo que viajaba en el “Boeing”.

—Puede dejar su maletín dentro del avión —le avisó la azafata con una gran sonrisa, deseosa de congraciarse con Jack.

El hombre puso cara de despiste y respondió:

—Ah, mejor, pero temo que desaparezca. Vale tanto dinero el equipo...

—No tema, yo cerraré el aparato y nadie podrá quitárselo.

—Oh, muchas gracias, es usted muy amable —agradeció con aire tímido.

La azafata sonrió, creyéndole un científico algo ingenuo. Coqueta, se situó junto a la puerta obstaculizando un tanto la salida con su busto. Esperó la reacción de aquel hombre alto, viril y tímido a la vez.

—Ya puede salir —dijo ella.

El hizo ver que tragaba saliva. Se apretó contra ella,

sorprendiéndola, y la besó en los labios. Luego, se excusó:

—Perdone, es que soy huérfano y el psiquiatra me ha dicho que la falta de mamá cuando era pequeño ha hecho gran mella en mis centros psíquicos. Como usted tiene tanto, tanto... —miró el abultado tórax de la mujer que sonrió satisfecha.

Fue ella quien le besó esta vez, ignorando que lo que estaba haciendo Young era perder el tiempo deliberadamente para quedarse el último y seguir a Foornell que se había separado del resto de su grupo.

Eran como las dos de la madrugada. Las luces del campo de aterrizaje estaban encendidas, pero en los grandes espacios había zonas oscuras con setos que delimitaban el aeropuerto.

Disimuladamente, Jack siguió a Foornell al restaurante.

Vio como este pedía un *whisky* y él tomó dos cafés. Foornell debía establecer un contacto, ya que se había separado de sus compañeros y él deseaba estar bien despierto, estaba seguro de que pronto tendría que entran en acción.

Los minutos transcurrieron. La escala en Londres llegaba a su fin y Jack comenzó a fruncir el entrecejo al ver que Foornell no reaccionaba.

Más, finalmente se separó del resto de viajeros y se dirigió al exterior como si tratara de ir hacia la pista donde se hallaba detenido el avión que estaba siendo cargado de combustible.

Jack salió tras él procurando pasar desapercibido.

Foornell anduvo buscando en las sombras y Jack le vio pasar por delante de los lavabos para el personal de pista, solitarios a aquella hora de menor trabajo y por tanto de turno reducido.

Se detuvo junto a unos setos, mirando su reloj impaciente.

Jack se aproximó a él con cautela y escondiéndose tras unos macizos de tuyas, aguardó expectante.

La alta alamburada que circundaba el aeropuerto debería tener algún fallo pues entre los setos y a la altura de Foornell apareció un sujeto al que Young no pudo verle la cara.

Ambos cruzaron algunas palabras y Foornell le dio el dinero por lo que acababa de recibir. Luego, se separaron. El tipo que se entrevistara con el norteamericano se deslizó de nuevo entre la alamburada abandonando el campo. Foornell se dispuso a regresar al restaurante.

Jack salió de su escondite cuando el hampón pasaba junto a él.

—Quieto, viejo. ¿Adónde vas tan aprisa?

—¡El científico! —exclamó reconociéndole pese a que Jack se había quitado las gafas.

—Oh, no, solo soy alguien que está buscando un par de microfilmes.

Al oír aquellas palabras, Foornell palideció.

—¿Un polizone?

—Algo así, viejo.

—¿De la CIA?

—No, del FBI.

Foornell empuñó rápidamente una “P-38”, más un golpe certero en su muñeca hizo saltar el arma.

—¡Maldito seas! —masculló.

Quiso reponerse del ataque e intentó hundir su mano por el interior de la chaqueta, pero Jack le asió la muñeca y un giro brusco en llave de jiu-jitsu le luxó el brazo, a la altura de la clavícula. Luego, le hizo perder el equilibrio con la tercera de pies de judo.

Empuñó la pistola caída en el suelo y puso el cañón de la misma entre las cejas de su enemigo.

—Si te mueves, te pongo un agujerito muy redondo en la parte alta de la nariz.

—¡No dispararás, no puedes hacerlo, no tienes ningún cargo contra mí!

—Vamos, no seas estúpido. Para mí eso es fácil. El arma es tuya y no mía. Si te disparo puedo rellenar el informe inmediatamente como defensa propia.

—¡Yo no soy un delincuente!

—¿No? ¿Y quién fue el que envió a Hanter a la caldera de calefacción de donde lo saqué a tiempo? Lástima que luego se electrocutara en el luminoso y cay era desde lo alto del Star Hotel. Ya ves, viejo, puedes morir como el Chivo.

—¡No puede ser! —exclamó estupefacto.

—¿El qué no puede ser?

—Que tú seas el portorriqueño.

—Bah, un disfraz lo arregla todo. En la academia nos enseñan a caracterizarnos y yo saqué buenas asignaturas de todo,

especialmente de tiro con pistola. Claro que a boca de jarro sobre una cabeza como la tuya, nadie podría fallar.

—¡Yo no sé nada, te lo juro!

—Hum, los delincuentes nunca saben nada cuando los detienen.

—¡No puedes detenerme, estamos en Inglaterra y no en los Estados Unidos!

—Es cierto, pero puedo pegarte un tiro y coger el avión después hacia Alemania. ¿Quién me atraparía a mí?

—¡Eso no puedes hacerlo!

—¿Por qué?

—Tu conciencia no te lo permite, eres un representante de la ley.

—Demonios, que juego más desigualado. De modo que tú puedes presumir de no tener conciencia y en cambio yo he de jugar siendo buen chico. No, eso se acabó. No soy ningún santo y creo que los asuntos con tipos como tú como mejor se solucionan es por la vía rápida.

—¡Yo no soy el hombre que buscas!

—Si vas a decirme que es Kenneth, ahórrate el discurso.

Le abrió la chaqueta y hundidas entre el cinturón, descubrió tres pistolas más:

—Con que esos eran los cuatro “sándwiches” especiales que has pedido a un tal Smith, ¿eh?

Le quitó las armas y lo arrastró más entre los setos para no ser descubiertos.

—Kenneth las pidió, yo solo obedezco sus órdenes.

—Es posible que te perdone la vida si me dices dónde van los microfilmes.

—Lo ignoro.

—Tienes cinco segundos antes de que apriete el gatillo. Te advierto que para los Estados Unidos y el mundo occidental, esos microfilmes tienen gran importancia, y la muerte de una rata como tú es despreciable con tal de obtenerlos.

—¡No lo sé, lo juro!

—Sólo te quedan tres segundos.

Foornell quedó empapado de sudor. El “Boeing” quedaba demasiado lejos. Algunos pasajeros comenzaban a regresar

lentamente hacia el aparato.

—Sólo sé que los lleva la chica.

—¿Qué chica?

—“Miss Eva Tío Sam”.

—¿Dónde?

—No lo sé, lo juro, no lo sé. A mí no me han dicho tanto.

Jack, que veía el terror reflejado en el rostro de aquel indeseable, se convenció de que no sabía más. Luego, pasó a preguntar:

—¿Dónde están la chica y el hijo de Norman J. Preesley?

—En Berlín.

—¿Oriental u occidental?

—Occidental. Kenneth los hizo raptar pagando a unos capos que luego, con el dinero ganado, se pasaron al sector occidental.

—Sí, dicen que los comunistas, con dinero, dejan de serlo. Por eso los rusos no andan bien de política con los chinos, ya tienen demasiada “renta per capita”. Ahora, quiero saber en qué lugar están secuestrados madre e hijo.

—Sólo Kenneth lo conoce. Creo que tiene intención de hacerlos desaparecer; ya no le sirven para nada.

—¿Cómo piensa eliminarlos?

—En un accidente de automóvil. Incendiará el coche y los dejará dentro. Quiere silenciarlos pura que no pregunten por Preesley. Podría abrirse una investigación que pondría a la policía tras él.

—¡Miserable! ¿Seguro que no ha cometido esa bestialidad todavía?

—No. Kenneth no se fía de nadie y quiere estar siempre dando las últimas instrucciones, máxime después de lo ocurrido con el Chivo.

—Comprendido. —Jack se percató de que el tiempo se agotaba y ordenó—: Vuélvete de espaldas.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —inquirió asustado.

—Tendría que matarte pero no voy a hacerlo, siempre que no me obligues, claro, gírate.

Foornell, suspirando, obedeció.

—Felices sueños —deseó Jack.

Con la culata del arma, le propinó un golpe casi científico en la

base de la nuca. Foornell ni siquiera experimentó dolor; se quedó dormido para unas cuantas horas.

Jack le quitó la elegante chaqueta oscura. La extendió en el suelo y dentro de ella puso las cuatro pistolas, borrándoles previamente todas las huellas dactilares que él pudiera haber dejado.

Después, desnudó a Foornell quitándole hasta un anillo y el reloj. No le dejó ni los calcetines para que no fuera fácilmente identificable. Sobre su espalda desnuda escribió con bolígrafo: "ENCIÉRRENME EN LA CÁRCEL, ES UN CONSEJO DEL FBI".

Procurando no ser visto, arrastró el cuerpo hasta el lavabo femenino y lo introdujo en uno de los reservados sanitarios. Lo abandonó allí, dormido, imaginando el susto de la mujer que lo encontrara y la sorpresa del propio Foornell cuando se viera en aquel estado entre los brazos de dos policías de Scotland Yard.

Retrocedió hasta la chaqueta con las armas e hizo un lío con toda la ropa para que no llamara demasiado la atención. Regresó a la terminal cuando ya los últimos pasajeros subían al "Boeing" que semejaba impaciente con sus parpadeantes luces de señalización.

Corrió hacia la consigna automática y se encontró con que no tenía monedas británicas para utilizarla. Sin desalentarse, introdujo una pequeña ganzúa y franqueó la puerta. Metió dentro el paquete y tornó a cerrar alejándose de la terminal.

Ya en, la pista, tuvo que correr al ver que estaban quitando la escalerilla de ascenso, allí no esperaban a nadie pues los altavoces distribuidos por todas las dependencias de la terminal habían reiterado el aviso de partida.

—Creí que se iba a quedar en tierra —le dijo la azafata errando la puerta tras él mientras los empleados del campo retiraban la escalerilla.

—Ay —dijo pesaroso y de forma que todos le oyeran—. Creo que me ha sentado mal un vaso de agua que he tomado después del jugo de tomate.

—Vaya científico está hecho —comentó sonriente la aeromoza—. Lo que necesita es alguien que le cuide.

—Sí, desde pequeño he estado muy mal cuidado... Ya sabe, huerfanito y bajo la tutela de una tía huraña, hermana de mamá, que estaba enamorada de mí padre. Me tenía rabia, y aún no sé por

qué.

—Quizá porque era hijo de su madre.

—¿Y de quién iba a ser, sino? —preguntó arrancando algunas carcajadas entre los pasajeros.

Quienes no rieron fueron Kenneth y sus hombres que miraban nerviosos hacia la puerta y luego a través de las ventanillas. Foornell no aparecía por ninguna parte.

—Jack, ven aquí, Pamela ya te cede el asiento —le llamó Nora.

Pamela Adams, que había tratado de quitarle el sitio, apretó los labios. Para no organizar un escándalo delante de todos se levantó y ocupó otra de las butacas.

—¡Ya estoy aquí, Nora! —Y se sentó junto a ella.

—¿De veras te has puesto malo? —preguntó solícita.

—Oh, oh —se lamentó inclinando la cabeza sobre su hombro—. Me encuentro muy malito, ya lo has oído, el jugo de tomate...

Ella enarcó las cejas. En voz baja para que solo la oyera él, espetó:

—Cínico, ¿qué has robado en el aeropuerto?

El *Boeing* enfiló la pista y los silbidos de los motores se hicieron cada vez más intensos.

Kenneth y sus secuaces estaban pálidos. ¿Qué había sido de Foornell?

En aquellos instantes, Foornell seguía durmiendo plácidamente en el interior de los lavabos femeninos del campo de aviación.

A las seis de la mañana, cuando entraran a cumplir sus labores las mujeres de la limpieza, el flemático gerente del Star Hotel tendría el despertar más desagradable de su vida.

CAPÍTULO X

La azafata anunció por el altavoz que Berlín se hallaba a pocos minutos de vuelo, que el *Boeing*, de un instante a otro, comenzaría a perder altura, que apagarán los cigarrillos y se ajustarán los cinturones, máxime en el aeropuerto de Tempelhof de tan difícil aterrizaje por el reducido espacio aéreo.

En voz baja, mientras obedecían las indicaciones de la aeromoza, Jack dijo a Nora:

—Cariño, hay muchas cosas que me gustaría explicarte ahora pero me es imposible.

—Ya que no puedes explicarme nada, ¿por qué me hablas?

—Sólo deseo decirte que Don H. Kenneth es un sinvergüenza de lo peorcito.

—¿Y tú qué eres, amor?

—No es momento de bromas. Kenneth está haciendo una cochinada contigo.

Ella parpadeó desconcertada.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Olvídate de las bromas que te haya podido gustar, esto va de veras.

—¿Qué tratas de decirme?

—Que Kenneth te está utilizando.

—¿Para qué?

—Para un tráfico ilegal.

—¿De qué?

—Lo sabrás en su momento.

—No me digas que ya no eres ingeniero agrónomo y te has convertido en agente aduanero —bromeó.

—Te estoy diciendo que hablo en serio. ¿No te has dado cuenta de que falta Foornell?

—Sí, es cierto, y es el gerente del hotel.

—Bueno, se quedó en Londres porque tuve que propinarle una paliza.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para que me dijera qué se traía Kenneth entre manos.

—¿No me estás engañando?

—No. Kenneth ha cometido un importante robo y ha puesto el botín en tu equipaje, de modo que si la policía descubre algo serás tú quien vaya a la cárcel y él se lavará las manos.

—¡No es posible!

—Sí, sí lo es. Es un tipo muy vivo. Viaja con toda su camarilla para protegerse, pero te utilizan a ti. No es un mecenas desinteresado. Te paga el viaje alrededor del mundo porque tú llevas el producto y si ocurre algo te pudrirás en una cárcel para el resto de tus días y ellos proseguirán viajando tranquilamente.

—Pero, ¿qué es lo que llevo? ¿Acaso los estupefacientes? No puede ser, abultarían demasiado, lo hubiera notado.

Jack, que no tenía ningún interés en confesarle en aquel momento lo que estaba buscando realmente, dijo:

—He oído que se trata de una pequeña muestra de un estupefaciente especial y una muestra cabe en cualquier parte. Con pocos gramos, un buen químico hace un análisis perfecto para dar la composición de la fórmula y reproducir la droga sintéticamente después.

—Sabes mucho de esa droga. ¿Acaso pretendes rodarla tú, me refiero a quitársela a Kenneth, sinvergüenza por sinvergüenza?

—Cariño, te voy a confesar algo que no debes revelar a nadie —siseó a su oído.

—¿Por qué? —preguntó ella muy interesada mientras el *Boeing* se inclinaba de un modo pronunciado, buscando la pista del aeropuerto berlinés.

—Soy investigador privado, contratado por el sabio descubridor de la droga. Él está asustado.

—¿Por qué?

—Si yo no recupero la droga, se sentirá el hombre más desgraciado de todos los tiempos pensando que los jóvenes adolescentes se degenerarán con su droga alucinógena.

—¿Para qué la inventaba él primero?

—¿Y a mí que, me explicas? Díselo al sabio químico y no a mí.

—Jack, si hablas en serio te ayudaré. Siempre me fascinado poder colaborar con un detective privado.

—Magnifico.

—Ahora comprendo por qué palpabas tanto mi abrigo y me sigues a todas partes. La verdad, creí que era por mí misma.

—No te desilusiones, pequeña. Me gustas y si recupero la droga, con lo que me paguen nos podremos casar. Ya sabes que los detectives privados siempre andamos mal de dinero.

—Jack, te ayudaré. Tienes razón, han hecho una cochinada conmigo. Utilizarme para llevar la droga y que corra el riesgo de ir a la cárcel...

—Magnifico —repitió él.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Esfumarte.

—¿Cómo?

—Verás.

Jack extrajo un bloc de notas y escribió una dirección y unas palabras que resultaron incomprensibles para la joven.

—¿En qué idiomas escribes?

El suspiró.

—Te traduciré.

—Eso estoy esperando, no entiendo nada.

—No alces la voz y escucha.

—Soy todo orejas, amor. Parece un sueño... Me he enamorado de un investigador privado.

—Sí, pero no vayas a creer que soy Sherlock Holmes.

—No, claro que no. A mí me chiflan los detectives de la última ola. Todas las chicas suspiramos por un Mannix que echarnos a la boca pero tú has superado a la imaginación.

—Estimo el halago en lo que vale pero escucha. Deberás ir a esta dirección sin que nadie te siga, es una pensión. El conserje entenderá por esta misiva que debe darte una habitación con ventana a la calle. No le hagas preguntas y él tampoco te las hará a ti.

—¿Es amigo tuyo?

—Sí.

—Pero si trato de marcharme con mi equipaje y como tú dices llevo encima lo que tanto interesa a Kenneth, sus ayudantes tratarán

de seguirme.

—Por supuesto, pero yo lo impediré.

—¿Cómo?

—Es asunto mío. Tú, en cuanto veas la ocasión, aléjate rápidamente. Toma un taxi y da la dirección que te he anotado en el papel. No salgas a la calle para nada y espera mi regreso.

—¿Cuánto tardarás?

—Lo ignoro, quizá unos minutos o quizá unas horas. Sea el tiempo que fuere, no salgas para nada. ¿Comprendido?

—¿Y si no vienes?

—Ve a la Morgue y llévame flores.

Nora palideció.

—¿Tan peligrosos son?

—Sólo te diré que Foornell estaba recogiendo cuatro pistolas en el aeropuerto de Londres.

—Pero si él se quedó en Londres, no las llevarán encima.

—De eso me salvo en principio. Cuando arme un escándalo para que puedas fugarte en Berlín, se apresurarán a comprar armas.

—Jack, qué miedo pero qué emocionante es todo. Y yo que en Louisiana era una simple secretaria...

—Sí, el mundo da muchas vueltas, lo malo es cuando quedamos con los pies por delante.

—No seas tétrico. Jack. Se me ocurre una idea...

El avión tocó tierra y la conversación quedó interrumpida. Deslizó sus ruedas sobre el asfalto húmedo, pues había lloviznado aquella noche, y al fin se detuvo frente a la terminal.

Al ponerse en pie, Jack ayudó a Nora a coger el abrigo. Inmediatamente, como si fuera su “guarda-corps”, Pamela se puso junto a Nora y esta la miró ya con desconfianza. Jack le hizo un guiño significativo que, pese a las gafas, “Miss Eva Tío Sam” captó a la perfección.

—Nora, pasaremos a recoger el equipaje.

—Ah sí, claro —aceptó la joven, ya prevenida por Jack.

—Bueno, ha sido un viaje estupendo —dijo Jack sonriente—. Desearía que pudiéramos vernos en Berlín para salir una tarde juntos.

—Por supuesto que saldremos.

—Joven, telefonee al hotel y ya veremos si Nora está disponible

para un moscón como usted.

—Parece que no le caigo simpático a tu *nurse*.

Pamela replicó enfurruñada:

—Yo no soy su *nurse*, ¿lo entiende?

—Es que como la he visto tan mayor...

Si hubieran conectado un cable eléctrico a los pies de Pamela Adams, por sus pupilas habrían brotado menos chispas.

—Vamos, Nora.

—Haga el favor de no molestar más a la señorita —advirtió Gregor, uno de los matones.

—Pero, ¿si no es mi intención molestar a nadie! A mí, mientras me dejen estudiar el trigo y su área elíptica, ya estoy satisfecho.

Tony se barrenó la sien con el índice en ademán significativo y dijo a su compañero en voz baja:

—Está chalado. Lo que no entiendo es cómo las mujeres se fijan en esos tipos y no en nosotros.

—Ve a saber. A lo peor están de moda los chalados —replicó Gregor encogiéndose de hombros.

Con su maletín en la mano, Young pasó por delante de la azafata. Con los labios húmedos y sonrisa sinuosamente invitadora, dijo:

—Dentro de media hora termino mi servicio y estaré libre.

Jack le respondió con aire despistado:

—Y yo tengo mucho sueño. Ah, sí hubiera tenido una mamá como usted me hubiera enseñado las horas dormir.

Con gesto compungido, bajó rápidamente la escalerilla del avión sin soltar su maletín.

Todos los pasajeros pasaron por el departamento de policía para la conformidad de sus pasaportes. Luego, se dispusieron a recoger sus equipajes de la cinta sin fin y con las maletas en sus manos se prepararon para pasar la aduana.

Jack observó a Nora Power. Estaba materialmente rodeada por Kenneth y sus hombres. Young se les aproximó cuanto pudo, siempre con aire despistado y el maletín en la mano.

Todo se desarrollaba con normalidad, casi con sueño debido a las altas horas de la noche. Todos bostezaban.

La aduana, al igual que en Nueva York, se pasó sin trabas y ya todos se disponían a dirigirse hacia la salida cuando Jack se

adelantó moviendo el maletín. Lo hizo en forma de péndulo, hacia delante y hacia atrás. Colocándose por delante del propietario del Star Hotel, descargó un fuerte golpe contra la rodilla del irlandés dejándolo caer al suelo al mismo tiempo.

—¡Imbécil! —aulló Kenneth sin poderse contener.

Nora, con su equipaje en la mano, comprendió que aquel era el momento. Al encararse todos con Jack, ella aprovechó para dirigirse a la puerta de salida.

—¡Salvaje, ha roto mi microscopio, seguro, lo ha roto y ha sido expresamente, la tiene tomada conmigo! —gritó Jack con todas sus fuerzas.

—Pero, si ha sido usted quien me ha dado con el maletín —masculló Kenneth.

Jack hizo lo que tenía deseos de hacer desde hacía un par de días. Su puño cruzó el aire como una exhalación estrellándose contra el hocico del irlandés que midió el suelo con su larga y abultada anatomía.

—¡Si me ha roto el microscopio me lo pagará!

Lo que había pretendido ocurrió. Los dos matones trataron de sujetarlo, más pronto se deshizo de ellos.

Tony tuvo que encajar un rodillazo en el bajo vientre que le hizo aullar de dolor. Un golpe como aquel no lo esperaba de un científico con aire de despiste.

Por su parte, Gregor encajó un codazo en la boca del estómago y luego los dos pies en plancha de Jack en el vientre que lo lanzaron hacia atrás, y no en cualquier dirección sino materialmente encima de Pamela Adams, derribándola a ella también de carambola.

El sesudo Sterling Lane captó la huida de Nora Power por la puerta de salida, dirigiéndose a la parada de taxis.

Lane intentó correr tras ella, más Jack Young, un hábil luchador que no perdía la cabeza ni su flema en ningún instante, estiró sus pies y con la punta de los mismos trabó las piernas de Lane.

Este dio de bruces contra el pulido mosaico del aeropuerto. Cuando se levantó, su nariz chorreaba sangre.

Pamela Adams profirió un grito. La anatomía de Gregor era demasiado para ella, pero un puñetazo de Jack proyectó de nuevo

al matón sobre la arisca Pamela que volvió a chillar.

Todos los viajeros se habían reunido en derredor de los querellantes.

Kenneth, algo repuesto, logró conectar un puñetazo en el plexo solar de Young que le hizo toser con fuerza. Los puños del irlandés eran capaces de matar a un buey pero el tórax de Young resistió algo más, quizá porque al recibir el impacto, instintivamente, se lanzó hacia atrás, disminuyendo así la fuerza del golpe.

Sterling Lane oprimió su nariz con, la mano y esta se tiñó de sangre. Pese a ello, corrió hacia la puerta. No la cruzó al percatarse de que el taxi cogido por Nora Power comenzaba a alejarse. Se pegó al cristal para poder leer la matrícula.

Varios policías se agolparon en torno a los que peleaban, dispuestos a dominarlos.

Jack se apresuró a levantar sus manos diciendo bien fuerte, para que le atendieran todos:

—¡Me han roto el microscopio y son cuatro contra uno!

—Vamos, ustedes no ofrezcan resistencia y pasen al departamento policial para aclarar lo sucedido. Los demás, circulen, por favor. El viaje ha terminado —dijo el oficial de la policía alemana.

Los agentes se llevaron a Kenneth, Sterling Lane, Tony, Gregor y a Young. Pamela Adams quedó libre.

Los pusieron delante de una mesa despacho tras la cual se sentó el oficial de policía que hablaba inglés. Jack observó a Kenneth de reojo y vio a este visiblemente nervioso. La huida de Nora le había hecho palidecer.

—Sus pasaportes, por favor —pidió el policía.

Al entrar un hombre vestido de paisano y con un maletín en la diestra, le dio una orden en alemán y el hombre se acercó a Sterling Lane. Le curó la nariz llenándosela de gasa.

Todos entregaron sus pasaportes. El oficial, en silencio, los revisó uno a uno. Luego preguntó:

—¿Qué ha pasado? Que hable uno solo.

Jack se apresuró a tomar la palabra.

—Iba tan tranquilo hacia la salida con mi maletín cuando este tipo le ha dado un fuerte rodillazo haciéndolo saltar de mí mano para romperlo porque él sabía que llevaba dentro mis instrumentos

de trabajo, mi microscopio.

—¡Eso es mentira! —chilló Kenneth a punto de perder el control de sí mismo.

—¿Puede jurar que él sabía que dentro del maletín usted llevaba el microscopio?

—Seguro. Yo abrí el maletín delante de todos los pasajeros y la azafata del avión lo sabe. Ella puede testificar en mi favor.

Kenneth hinchó sus pulmones para respirar hondo antes de hablar y no estallar. Sterling Lane no estaba para explicaciones con la nariz hinchada de vendas. La boca le hacía más falta para respirar que para hablar.

—Está bien, sabía que llevaba un microscopio, pero no es necesario que llamen a la azafata, pues ha sido él quien ha golpeado mi rodilla con el maletín.

—¿Está loco? ¿Cree que me expondría a romper mi microscopio con lo valioso y necesario que es para mí?

El oficial observaba a uno y otro alternativamente. Al fin dijo cortando:

—Caballeros, ¿qué les parece si lo dejáramos en un simple accidental tropiezo? Mi país desea que lleguen ustedes en paz a nuestra tierra, a menos que una de las dos partes quiera presentar una denuncia formal, lo que solo haría que traer complicaciones para todos hasta que se averiguara quien tiene razón. Como creo que ambas partes han sido perjudicadas en el tropiezo, lo mejor es que se den un apretón de manos y asunto olvidado.

—Está bien, por mí parte lo olvido —dijo Jack—, pero si me ha roto el microscopio no pararé hasta que me lo paguen. El gobierno de los Estados Unidos no me da una beca y me paga el material para que un bruto me lo destruya.

Kenneth miró a Jack deseando fulminarlo, pero como estaba ansioso por salir cuanto antes del departamento policial dijo entre dientes, forzando una sonrisa que no fue más que una mueca agresiva:

—Está bien, está bien, por mí parte no hay denuncias. Ellos van conmigo y si se ha estropeado el dichoso, microscopio yo lo pagaré.

—Magnífico. Ahora dense las manos.

Jack apretó los labios y con ademán de desprecio dijo refiriéndose a su mano:

—Antes me la corto. —Se volvió hacia el oficial y preguntó—:
¿Me da mi pasaporte?

El oficial suspiró. Devolviéndole el documento arguyó:

—Sí, tome. Ah, y puede ir usted solo por el mundo, Herr
Young. Se basta y sobra para pegarse con quien sea.

CAPÍTULO XI

Jack Young tuvo trabajo para despistar a Gregory y Tony, ya que desde que abandonaran el aeropuerto de Tempelhof le habían estado siguiendo.

Kenneth había sido listo. Para no provocar los recelos de la policía germana, se había marchado por otra parte, no sin pegar sus dos matones a los talones de Young.

Pamela Adams estaba hecha una auténtica furia y mascullaba por lo bajo:

—A ese tipo hay que matarlo. Me ha humillado como Jamás lo ha hecho nadie.

—Creo que podemos conseguirlo si gastamos un poco de tiempo, dinero y paciencia —expuso Lane.

—¿Cómo? —fue la pregunta inmediata de Don H. Kenneth.

—Opino que ese tipo no es lo que hemos creído.

—Eso ya lo sé, demasiado tarde, pero lo sé —masculló Kenneth.

—Bien, creo que a Foornell lo hizo quedar él en Londres, lo malo es que nos dejó sin armas.

—En Berlín también podemos obtenerlas.

—Debemos obtenerlas —sentenció Pamela Adams—. Ese hombre es un tornado peleando, lo arrasa todo. Ni Gregor ni Tony podrían nada contra él.

—Sí, ya hemos tenido una buena muestra de ello —admitió Kenneth—. Tendremos armas antes de una hora, aunque me cuesten caras.

—Ignoramos lo que se propone ese tipo —dijo Lane—, pero es evidente que sabe algo y podría ser que tuviera alguna relación con el portorriqueño de Nueva York que quiso chantajearnos.

—Sí, es posible, pero la ventaja aún está de nuestra parte. Él y la propia Nora Power desconocen dónde están escondidos los microfilmes.

Pamela Adams, rabiosa, dijo en un comentario al aire:

—Lo que no sé es qué le habrá dicho ese sujeto a Nora para que ella le haya hecho caso huyendo con él. Un tipo que carece de atractivos, vulgar y estúpido...

—Pues a Nora no le parece tan vulgar —comentó Lane con sorna hablando con la nariz tapada—, y a la azafata del avión tampoco; yo he visto como la besaba.

—No seas cretino, Sterling —replicó la mujer—. ¿Acaso deseas que vuelva a sangrarte la nariz?

—Ya sé que tienes mucha facilidad con el bisturí, pero como alguna vez me pongas la mano encima, descaradamente o a traición, no me olvidaré de que eres una mujer, todo lo contrario. Te marcaré la cara para toda la vida y ni ese Young que te gusta a ti, lo cual no puedes remediar y por eso envidias la belleza de Nora, ni nadie, te miraría a la cara sin sentir náuseas.

—Si te atreves a eso; te mato —silabeó rabiosa, casi fuera de sí.

—Callaos los dos. Hemos de pensar en ese tipo y no en nuestras diferencias —cortó Kenneth.

—Lo encontraremos —dijo Lane—. Conozco la matrícula del taxi que se ha llevado a la chica. Ahora con paciencia, solo hay que averiguar adonde la ha conducido.

Mientras, Jack Young había conseguido burlar a los matones y llegaba a la pensión de Otto Janker que no era otro que un norteamericano llamado Willy Sanders, contacto de la CIA, en Berlín. Jack se había enterado de ello antes de emprender viaje.

Pagó al taxista, el tercero que había tomado para despistar a los matones de Kenneth, y penetró en la pensión.

Golpeó el timbre que había sobre el mostrador. La salió un hombre algo grueso, con bigote y cabello cortado a lo germano hablando en alemán.

—Me envía el águila ciento nueve —le respondió en inglés.

Otto Janker miró fijamente a Young. Después, dijo en perfecto inglés, con un suave acento tejano:

—¿Busca a la chica rubia?

—Sí, he sido yo quien la ha enviado.

—Está en la habitación catorce. Se halla algo asustada.

—¿Es que no sabe que está en problemas?

—¿Habrá jaleo aquí?

—Lo ignoro, pero si logran dar con nosotros los tipos que nos

buscan, puede estar seguro de que lo habrá. A mí me hace falta una pistola para defendernos, no llevo armas.

De debajo del mostrador sacó una pistola con silenciador y dijo:

—Creo que esta le irá bien, paisano.

—Perfecta. Si hay visitas, ¿cómo puede avisarnos? —Hay un pulsador debajo del mostrador. En la habitación oirán un zumbido.

—Estupendo. Mantenga los ojos abiertos y olvídense de que nos ha visto. ¿Comprendido?

—Estoy aquí para proteger a los compañeros. Es lo que suele decir un amigo mío.

—¿Presley?

Otto Janker enarcó las cejas sorprendido.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque también era amigo mío.

—¿Era?

—Lo acuchillaron los tipos que andan persiguiéndome ahora.

—¿Cuándo?

—Hace pocos días, en el West Side de Nueva York.

Se dirigió hacia la escalera guardándose bajo la chaqueta la pistola con silenciador que le entregara aquel contacto en Berlín. Janker, tras conocer la muerte del compañero y amigo, había endurecido su rostro. Si Kenneth y los suyos llegaban a la pensión encontrarían en él un mal enemigo.

Young golpeó con los nudillos sobre la hoja de madera al tiempo que decía:

—Nora, abre, soy Jack.

“Miss Eva Tío Sam” franqueó la entrada y se echó sobre el hombre abrazándolo temblorosa.

—Oh, Jack, qué miedo he pasado.

—No temas cariño, aquí estamos a salvo.

—¿Cómo ha ido en el aeropuerto? He visto que te pegabas con todos ellos.

—Pasemos dentro y te explicaré.

Pasaron al interior de la habitación y Jack Young cerró la puerta tras de sí.

Nora insistió:

—¿Qué ha ocurrido en el aeropuerto?

—Nos hemos pegado un poco y hemos ido a parar al departamento de policía.

—¿Y les has dicho que son unos traficantes de drogas?

—No.

—¿Por qué? La policía te ayudaría.

—No lo he dicho porque no hay tráfico de estupefacientes en todo esto.

—¿Cómo? —inquirió sorprendida echándose hacia atrás.

—No te sientas desilusionada, Nora. Lo que sucede es mucho peor.

—Ya no puedo creerte. Lo mejor es que me marche y me olvide de ti.

La joven intentó correr hacia la puerta, se sentía humillada. Él la atrapó abrazándola y besándola con fuerza.

—Mírame a los ojos y dime si crees que soy capaz de mentirte ahora que quiero hablarte en serio, contarte toda la verdad.

—¡Sí, creo que eres un cínico mentiroso!

—Por favor Nora, ten confianza en mí, por esta vez no te Voy a engañar. Kenneth y los suyos son muy peligrosos, unos asesinos y traidores a nuestra patria.

—¿Qué cuento ves a explicarme ahora?

De entre el forro de su chaqueta, Young extrajo un carnet con una placa. La mujer, asombrada, leyó:

—¿Agente federal?

—Sí. No te lo hubiera revelado si no pensara casarme contigo.

—¡Jack! —Esta vez sí se sintió a gusto abrazándose a él.

—Kenneth trata de hacer llegar a los comunistas un par de microfilmes que alguien, en un momento de desespero, le entregó a cambio de dos vidas.

—¿Dos microfilmes?

—Sí, y los llevas tú.

—No me digas... ¿Otra vez empiezas con tus cuentos? —Ya te he dicho que soy un agente federal.

—Sí, pero como te he visto disfrazado de tantas cosas...

—Esta vez debes creerme. Kenneth pasaba los microfilmes contigo. Ha montado el asunto de “Miss Eva Tío Sam”, para preparar una chica y esa chica eres tú. Pasando tú los microfilmes, él no corre peligro.

—Pero yo no llevo nada, ya lo sabes. Además, registraron todo el equipaje en la aduana de los Estados Unidos y luego al llegar a Berlín.

—Le he estado dando vueltas al lugar donde pueden haber ocultado los microfilmes, porque es seguro que los llevas tú.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Lo confesó Foornell. Es posible que no estén en el equipaje pero, ¿dónde sino?

—Yo tampoco acierto. ¿No te habrás equivocado? Foornell pudo mentir.

—Sí, pero también es muy extraño que tú tengas la sensación de haber vivido cuatro días en blanco.

—Sí, es cierto; no logro recordar nada de ellos.

—¿Y qué se puede hacer durante cuatro días? Mantener a una persona inconsciente pero, ¿para qué? —Dudó un instante. Al fin, hizo chasquear sus dedos—. ¡Ya está!

—¿El qué?

—En cuatro días, con buenos medicamentos, se puede cerrar una herida pequeña y superficial. Nora, ¿llevas un bikini en tu equipaje?

—Sí.

—Póntelo ahora mismo.

—¿Quéee?

—Lo que te divo, vamos, rápido, ponte el bikini.

Nora Power obedeció y pasó al pequeño lavabo contiguo. Se cambió, saliendo poco después con el bañador de dos piezas.

—¿Y ahora qué? Me siento ridícula.

—Cariño, yo te quiero y me gustas una barbaridad, pero en estos momentos no pienses que soy un enamorado. Mírame como si fuera un médico o algo semejante.

—Trataré —dijo resignada.

—Entonces, no te molestes porque te ponga las manos encima.

—¿Encima de dónde? —inquirió sobresaltada.

—De la cicatriz de tu apéndice.

—¿Qué?

No tuvo tiempo de gritar. El palpó cuidadosamente la cicatriz y exclamó triunfal:

—¡Aquí está!

—¿No me engañas?

—No, tócala tú misma. Es un pequeño cuadrado, dentro irán los microfilmes. Qué astutos han sido esos traidores. Te han colocado los microfilmes en una pequeña cápsula debajo de la piel aprovechando tu cicatriz. Te han paseado delante de todos y tan tranquilas te han elegido “Miss”. Luego, solo había que abrir de nuevo la cicatriz.

—¡Oh Jack! —Y se abrazó a él, llorando compungida.

—¿Qué te pasa ahora?

—¡Esto significa que no me han elegido por mí belleza sino por su propio interés!

Él la comprendió, más escuchó el ruido peculiar de un coche deteniéndose frente a la pensión. Alertado, se apartó de la muchacha y se acercó a la ventana mirando hacia la calle.

—¡Diablos, se han dado prisa en encontrarnos! Son tan listos como astutos.

—¿Qué pasará ahora?

—Habrá un poco de jaleo, pero ya que sé que los microfilmes los tienes tú bien guardados bajo la piel no hay cuidado. Escóndete en el lavabo, yo los recibiré.

Nora corrió hacia el aseo y Jack desenroscó la bombilla de la lámpara para que no hubiera luz cuando accionaran el interruptor.

Puso la mesita de noche cerca de la puerta y abrió la cama metálica en el aire empleando toda su fuerza. La colocó en vertical sobre la mesita.

En aquel instante, percibió el zumbido de que le hablara Janker.

La puerta de la habitación se abrió violentamente. Una mano trató de girar el conmutador, más la luz no se encendió.

—¡Nora, sal de ahí o te liquidamos, ahora y no nos haces falta viva! —rugió la voz del irlandés.

Jack empujó la cama metálica y esta cayó sobre los que acababan de entrar. Comenzaron los disparos en todas direcciones y las exclamaciones, ayes y maldiciones.

Jack también empleó la pistola que le diera el hombre de la CIA.

El tiroteo fue cruento. Kenneth y sus secuaces no deseaban otra cosa que matar al intruso y a Nora y recuperar los valiosos

microfilmes.

Los fogonazos de las pistolas iluminaron por un instante la habitación con sus pequeñas y letales lenguas anaranjadas. El ambiente supo a pólvora quemada. Al fin, se hizo el silencio.

Jack, con todo cuidado, enroscó la bombilla de la lámpara y descubrió tres cadáveres en el suelo. Eran Kenneth, Gregor y Tony, medio sepultados bajo la cama metálica. En aquel instante apareció Nora por la puerta del lavabo, aún ataviada con el bikini.

—¡Dios mío, qué horror!

—No se ha perdido nada, cariño.

—¡Vamos, adentro! —ordenó una voz en el corredor.

En la alcoba penetraron Pamela Adams y Sterling Lane. Tras ellos, apuntándoles con una automática, estaba el hombre de la CIA.

—Este par de pájaros pretendían escapar.

—Los otros tres ya no podrán hacerlo —respondió Nick.

—No nos van a matar, ¿verdad? —inquirió Pamela Adonis temblando de miedo.

—¿Quién fue el que injertó bajo la piel de Nora los microfilmes?

Fue Lane, con su nariz tapada, quien aclaró señalando a Pamela.

—Ella es la comadrona. La durmió con un brebaje primero y con inyecciones después. Le abrió la cicatriz, metió la cápsula con los microfilmes y luego cerró la herida.

—¡Pero yo actuaba por órdenes de Kenneth! —gritó Pamela.

—Tienen una oportunidad de descargar sus conciencias y cobrar atenuantes frente a la ley si me dicen dónde están secuestrados la mujer de Preesley y su hijo.

Ambos asintieron con la cabeza. Fue Pamela quien arguyó:

—Se lo diremos.

Epilogo

A través de los amplios ventanales del aeropuerto de Tempelhof vieron como Pamela Adams y Sterling Lace, previamente esposados, eran escoltados hacia el avión con destino a los Estados Unidos.

Jack dijo:

—Ha sido fácil la extradición de esos indeseables ya que desmoronado nuestro sistema de alerta al otro lado del telón de acero, hubiera corrido también peligro el sistema de alerta de la OTAN a la cual pertenece Alemania Federal.

Nora Power acarició mecánicamente el abrigo de visón que llevaba entre sus brazos, extraídos ya los microfilmes de debajo de su sedosa piel y cicatrizada la pequeña herida.

—Jamás pensé que pudiera vivir una historia semejante y terminar casándome con un agente federal.

—Sí, una historia fantástica y emocionante para ti, pero triste para un niño que perdió a su padre y para una mujer que ya no tiene esperanza en el futuro. No quiero juzgar a mí amigo Presley por lo que hizo.

—Fue por salvar a su mujer y a su hijo —cortó ella. —Sí, pero arriesgó la vidas de toda una nación.

Cuando expiraba en mis brazos se dio cuenta de lo que había hecho. Los compañeros de la CIA, y del FBI, no van a recordarlo con agrado.

—Sin embargo, una mujer que lo amaba, alguien que se verá obligada a emprender una nueva vida sola con su hijo, lloró por él.

Jack estrechó a su flamante esposa y la empujó suavemente para dirigirse al avión. También ellos regresaban a los Estados Unidos; la misión había terminado.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España